

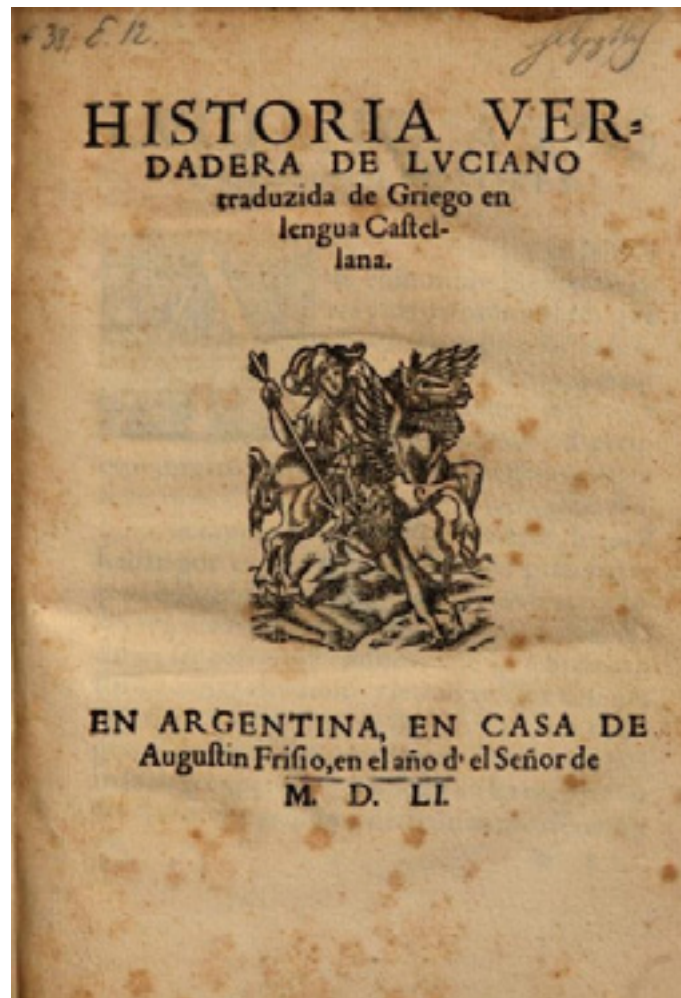


Lemir 25 (2021) - Textos: 189-220

ISSN: 1579-735X

Historia Verdadera de Luciano, traducida del griego en lengua castellana

(Traducción de Francisco Enzinas)



Edición y notas de Alfredo Rodríguez López-Vázquez

LUCIANO A LOS OCIOSOS LECTORES

Así como tienen de costumbre los luchadores y los otros hombres que con oficios trabajosos suelen ejercitar sus personas, que no solamente tienen respeto a la buena disposición del cuerpo, ni a los ejercicios corporales, sino también se recrean algunas veces, tomando algún descanso y reposo en tiempos oportunos, lo cual hallan por experiencia probada ser gran parte para volver en su primer vigor y cobrar las fuerzas pasadas, de la misma manera me parece a mí ser cosa muy conveniente que hiciesen los hombres estudiosos y letrados, que después que tienen fatigados los sentidos en leer cosas graves recreen algún tanto el ánimo con otras más alegres, para que, cobradas de esta manera las fuerzas del ingenio, tornen con ánimo sereno y confirmado a tratar sus primeros estudios de mayor importancia. Es verdad que si a esto acostumbrasen los estudiosos, sería grande el provecho que sacarían de estas sus vacaciones y entrejeridos¹ placeres, si en este medio gastasen el tiempo en leer algunas cosas que no solamente de ellas sacasen algún liviano deleite que recrea, con una breve delectación el ánimo, sino también se ejercitasen en cosas de tal calidad que sirviesen en lugar de una docta especulación y digna de hombres letrados, cual (si no me engaño) juzgarán muchos hombres prudentes de esta mi escritura, porque no solamente el nuevo argumento y graciosa invención (en la cual se contienen muchas y muy variadas mentiras, pero por tal estilo compuestas, que hacen la narración verisímil y probable) convidará a los lectores a emplear algún poco de tiempo en leer esta historia, sino también se holgarán principalmente en ver que ninguno de los escritores antiguos, así poetas como historiadores y filósofos, queda sin reprensión ni se halla libre de culpa en este caso, los más de los cuales escribieron infinitas cosas muy desaforadas y fabulosas, cuyos nombres al presente pondría por escrito si no tuviese por cierto que, sin ser de mí nombrados, serán de los prudentes lectores en el discurso de la lección conocidos. Ctesias, hijo de Ctesiacos, natural de Gnido, escribió tales cosas de la región de los Indios y de las costumbres y maneras de vivir de los moradores de aquella tierra, cuales ni él jamás las vio, ni las oyó contar a otros. También Iámbulo dejó por escrito en sus libros muchas cosas increíbles que se hallan y se fingen del mar océano, pero con tal artificio ordenó sus mentiras que, con ser de todos conocidas por tales, era todavía tenida por muy suave la invención de su argumento. Allende de estos hay también otros muchos que, imitando a estos que digo, escribieron muchas cosas fingidas de caminos y peregrinaciones de grandeza desmesurada, de algunas bestias fieras, de hombres silvestres y bárbaros y de otras costumbres y géneros <de> vida de algunas gentes peregrinas, nunca oídas ni vistas y, si no me engaño, la fuente donde manó este mar de mentiras es aquel Ulises homérico, el cual cuenta de la servidumbre que con Alcínoo padecen los vientos, de cierto género de hombres que tienen solo un ojo en medio de la frente, a los cuales llaman Cíclopes, de otros que comen las carnes crudas y de otras gentes silvestres y brutas. También finge no sé qué animales de muchas cabezas y de las transformaciones que con los bebedizos de las ramerías padecieron sus compañeros y otras muchas cosas monstruosas y fuera de crédito, que falsamente persuadió aquel buen Ulises al rudo pueblo de los Feacios, y para decir la

1.- El deverbis 'entrejerido' o 'entregerido' lo usa fray Bartolomé de las Casas por esa misma época.

verdad, cuando vinieron a mis manos los tales libros, no me indignaba mucho con los autores por haber puesto en escritura tales cosas, aunque falsas y mentirosas, visto que aun los mismos Filósofos, que hacen profesión de ciencias muy graves, acostumbran a usar de semejantes poesías y ficciones, pero lo que sobre todo en ellos más me maravillaba era ver que, escribiendo manifiestas mentiras, pensaban que todos eran de tan rudo ingenio que ninguno las conocería por tales, por lo cual, movido yo también con deseo de cosas nuevas, queriendo dejar a los que después de nosotros vendrán, alguna nueva invención de escritura (por que en escribir cosas fabulosas no parezca yo solo entre los otros ajeno de la libertad que a los escritores se permite), visto que al presente ningún argumento verdadero se me ofrecía que fuese digno de poner por escritura, determiné de escribir mentiras y, a lo que creo, por estilo más tolerable que ninguno de los otros, porque, aunque en mi escritura no se halle otra verdad que esta sola: que a la clara confieso que miento, a esta causa me parece que puedo ser libre con justo título de la reprehensión en que los otros cayeron, pues que expresamente prometo de no escribir cosa verdadera. Digo, pues, que escribo tales cosas cuales ni yo nunca las vi, ni por mí jamás pasaron, ni las oí contar a otras personas y cuales nunca jamás fueron ni tampoco era posible que desde el principio fuesen, por lo cual aviso a todos los que esta escritura leyeren que no den fe a ninguna cosa de las que en ella se cuentan.

LIBRO PRIMERO de la Historia verdadera de Luciano, traducida de griego en lengua castellana.

Después que en los tiempos pasados yo me partí de las columnas de Hércules, proseguía el curso de mi navegación con viento próspero por aquel mar occidental que vulgarmente es llamado el mar océano. La causa de esta mi peregrinación y de la ardua empresa que emprendía² era una curiosidad de ánimo y deseo grandísimo que tenía de ver y saber cosas nuevas y también que deseaba sobre manera saber cuál fuese la fin de aquel mar océano y qué género de gentes eran los que moraban de la otra parte de sus confines, y como veía que la empresa emprendida era ardua, peligrosa y que, para traerla a tan próspero fin como el deseo de mi voluntad requería, era necesario consumir en ella mucho tiempo, determiné de bastecer³ una nao de todo género de provisiones muy copiosamente conforme a lo que juzgaba ser necesario para navegación tan luenga y dudosa.

Tomé agua fresca en grande abundancia, hice también que fuese proveída la nao de todas suertes de armas defensivas y ofensivas para defendernos con ellas en los peligros que sobreviniesen, junté conmigo otros cincuenta compañeros que tenían el mismo deseo que yo de conocer cosas nuevas, todas personas de hecho, determinadas y de ánimos valientes, y allende de estos, tomé un piloto que nos guiase, al cual, por ser en la arte de la navegación muy diestro y experimentado, le pagaba un precio muy copioso y salario amplísimo. La nao era de mediano porte, hecha de un maderamiento muy grueso y robusto, por todas partes recia y bien galafateada, propicia para tener a la mar y resistir a cualesquiera

2.- Este verbo, tan próximo al francés 'entreprendre' lo usa también en esa época Alonso de Santa Cruz en su *Crónica del Emperador Carlos*.

3.- La forma 'bastecer' la recoge ya César Oudin, con la traducción de 'garnir', es decir 'proveer'.

tempestades y tormentas que podían suceder, así de mar como de otros peligros violentos de enemigos y cosarios⁴. Partidos, pues, con estos aparejos y provisiones de la manera que digo, navegamos un día y una noche con un viento próspero y tan manso que aun no habíamos perdido la tierra de vista, semejante a una suave calma que casi nos tenía suspensos, sin permitirnos proceder en nuestro camino ni atrás ni adelante.

El día siguiente, al tiempo que el alba quería⁵ romper, cuando el sol comenzaba desde Oriente a extender los rayos de su clara lumbre sobre la tierra, comenzó a crecer la fuerza del viento, alteráronse a deshora⁶ las bravas ondas del mar y sucedió una repentina oscuridad, tan espesa que con sus tinieblas y con la forzosa tempestad del mar, con el viento desapoderado y con las levantadas olas combatía por todas partes tan impetuosamente la nao, que ni con ninguna industria del piloto, ni con fuerza de los mareantes podíamos gobernarla ni tampoco amainar sus velas. Fue tan grande la tempestad que en aquel punto nos sobrevino que, vueltos también nosotros con la fuerza de la tormenta, dimos las velas al viento con intención de seguir su curso por donde quiera que nos guiase y a la fin, cometiéndonos⁷ a la tempestad del mar invernamos sobre las aguas setenta y nueve días enteros. El día siguiente, que se cumplían los ochenta, vimos sin pensar, no muy lejos de nosotros, una isla sublime y, a lo que parecía, de tierra fértil, toda de diverso género de arboledas sembrada y compuesta, cerca de la cual rompían las ondas del mar sus desapoderadas fuerzas.

Nosotros, pues, visto que ya era sosegada la furia del mar, determinamos de salir en tierra para refrescarnos un poco y tomar alguna recreación y reparo de la intolerable molestia pasada y hallámonos tan mareados y tan mal dispuestos de las luengas tormentas que habíamos padecido que, salidos del mar, nos estuvimos echados mucho tiempo sobre la tierra, como hombres atordidos y de todos sus sentidos naturales enajenados. A la fin, tornando en nosotros, nos levantamos de aquel lugar y ordenamos que, de nuestros compañeros, los treinta de ellos quedasen a guardar la nao y los otros veinte viniesen conmigo a correr la tierra y saber por entero la calidad de aquella isla.

Apenas habíamos andado tres estadios dentro de la tierra por aquella selva frondosa que se parecía, cuando vimos una columna de alambre⁸ escrita de letras griegas, pero por la antigüedad que en sí demostraban eran ya caducas y casi todas consumidas, las cuales declaraban (según lo que de ellas pudimos colegir) cómo hasta aquel puesto habían llegado Hércules y Baco. Muy cerca de aquel lugar hallamos también impresas sobre una piedra dos pisadas o señales, la una de las cuales era tan grande como una gran medida de tierra y la otra era algo menor, y a mi juicio me parecía que la menor era de Baco y la mayor de Hércules, y así, postrados en tierra con gran veneración, adoramos aquel santo lugar y pasamos adelante.

No habíamos andado mucho espacio cuando a deshora nos hallamos cerca de un río cuya corriente nos parecía propiamente muy semejante a vino natural y señaladamente

4.- La forma moderna de esta palabra es 'corsario', pero en la época era 'cosario', como en la comedia de Lope de Vega *De cosario a cosario*, que repite un dicho conocido.

5.- Se usa la perífrasis con el auxiliar 'querer' con el valor de 'estar a punto de'.

6.- 'A deshora' que Augustin Frisius imprime como 'adesora' es una característica de estilo de Enzinas.

7.- Este uso de 'cometirse' lo recoge Oudin con el sentido de 'se recomendar', es decir 'confiarse o encomendarse a'.

8.- Oudin precisa muy bien el valor de esta palabra: «alambre o arambre, *du cuivre u airain, du laiton ou letton*».

<a⁹> aquel vino generoso que nace en la isla de Chío. El flujo de su curso era tan copioso y redundante que en algunas partes de la ribera se podía navegar con naos de mediana grandeza. Vistos estos argumentos tan claros fuimos forzados a confirmar por cosa muy cierta en nuestros ánimos lo que significaban las letras que poco antes en la columna de alambre habíamos leído, principalmente consideradas unas señales tan ciertas y el curso de la peregrinación de Baco. A la hora me tomó un deseo muy grande de investigar la origen de aquel río y sacar por rastro las fuentes donde aquel liquor manaba. Para venir en efecto de lo que deseaba no hallé consejo más sano que proseguir la vía comenzada caminando siempre contra la corriente del río hasta llegar a sus primeros principios. Después de haber andado mucho tiempo por aquel camino no hallabamos fuentes ningunas, pero topamos una infinidad de viñas muy espesas, todas cargadas de racimos de uvas sobre manera muy grandes, de las raíces de las cuales salían varios y diversos arroyos de un vino claro y transparente y de estos arroyos que de cada una de las raíces procedían, juntados en uno, se hacía aquel río grande y caudaloso que vimos, en el cual río veíamos también cómo se criaban toda suerte de pescados en la color y en el gusto al mismo vino muy semejantes. Nosotros, pues, apremiados de la hambre, tomamos algunos de aquellos peces y los comimos, y en lugar de hacer su ordinario efecto de reprimir la hambre, hallamos por experiencia que nos embriagaron de tal manera que todos quedamos por grande espacio fuera de nuestro natural sentido, y no es maravilla, porque después que los hubimos abierto, los hallamos por de dentro todos llenos de heces,¹⁰ como aquellos que ninguna otra cosa tenían por su mantenimiento perpetuo que puro vino, en cuya natura estaban ya convertidos. Considerada, pues, la causa de nuestra embriaguez, tomamos por remedio algunos peces de agua dulce y estos, cocidos y comidos juntamente con los otros apagaban el tufo grande y reprimían la fumosa¹¹ vehemencia que de los peces criados en el vino procedía. Entonces nos deliberamos de pasar el vado por la parte que más oportuno y menos hondo le hallásemos, y cuando fuimos de la otra parte, hallamos el cimientto y raíz principal donde procedía todo el resto de las viñas, la cosa más increíble y monstrosa que jamás fue vista. La parte inferior del tronco y raíz, que salía fuera de la tierra, era muy fértil y sobre manera gruesa. La parte superior de arriba toda constaba de infinito número de mujeres que de la parte inferior de aquel grueso tronco procedían, las cuales, desde el vientre hasta arriba en toda aquella parte superior del cuerpo tenían todos sus miembros y proporciones casi perfectas. Semejante a éstas escriben nuestros poetas que era Dafnis cuando, siendo abrazada de Apolo, se convirtió en aquel árbol de su mismo nombre, que en nuestra lengua llamamos Laurel. De las postreras partes de sus dedos nació gran abundancia de copiosos y fertilísimos pámpanos, llenos de uvas muy gruesas. También de sus mismas cabezas, en lugar de cabellos, nacían muchos tallos vestidos de verdes hojas y cargados de uvas maduras. Estas mujeres que digo, luego que nos vieron se allegaban a nosotros inclinándose muy humilmente¹² la cara y extendiendo a nosotros sus manos

9.- En la edición de Frisius 'señaladamente aquel'. Entiendo que hay una 'a' embebida, conforme a la sintaxis.

10.- Se entiende que se trata de la hez del vino, que Covarrubias explica como «el asiento que haze el azeyte o el vino en la vasija».

11.- 'Fumosa', que el NDLC explica como «que abunda en humo o lo despide en abundancia». Ni Covarrubias ni Oudin lo registran.

12.- 'Humilmente', que todavía se usa en *El condenado por desconfiado*, no es errata, sino variante de 'humildemente'.

diestras y saludándonos con graciosas palabras, unas hablando en lengua Lyda,¹³ otras en lengua India y las más de ellas en lengua griega y con su boca nos besaban amorosamente, pero el que admitía sus besos a deshora se caía de su estado, embriagado y fuera de todo sentido, por la fuerza del tufo grande que luego hería y amortiguaba los órganos sensitivos del cerebro. Tampoco permitían que ninguno cortase de sus frutos y si alguno se atrevía a coger alguna cosa, daban muestras de clamor con gemidos y clamores lamentables. Tenían grandísimo deseo de tener carnal conversación con nosotros y así aconteció que dos de nuestros compañeros que con ellas se juntaron no pudieron jamás apartarse, sino que fueron forzados a quedarse con ellas pegados por los miembros naturales, combinados y conjuntos, porque a deshora se convirtieron en su misma natura y se quedaron con ellas arraigados. A la hora viérades cómo también estos echaban de sus dedos muchos pámpanos y tallos que se abrazaban con los otros cuerpos, de los cuales tallos salían poco a poco uvas grandes de dulzor suavísimo, y no menos molestia recibían en ser cortadas que las mujeres de antes habían mostrado.

Dejando, pues, a estos dos compañeros de la manera que decimos en compañía de las otras mujeres, nos tornamos a nuestra nao, donde hallamos todo el resto de nuestra gente que en ella habíamos dejado y les contamos por orden todo lo que nos había acontecido y a la fin también el caso de nuestros dos compañeros perdidos. Entonces todos juntos tomamos agua fresca y cogimos también vino del río y nos fuimos a pasar la noche cerca de allí, no muy lejos de aquella ribera. Venida la mañana del día siguiente comenzamos a proseguir nuestra navegación, siendo llevados de un viento suave, manso y no nada forzoso, pero cerca del medio día, cuando ya habíamos perdido la isla de vista, se levantó a deshora un torbellino violentísimo, el cual, revolviendo la nao al derredor en forma de remolino y levantándola en alto más de tres mil estadios, no la tornó a poner otra vez en el piélagos donde la había sacado, sino, teniéndola en el aire suspenso, hinchía el viento sus velas y la llevaba por la media región del aire, navegando sin impedimento ninguno, como por vía derecha. De esta manera que digo anduvimos corriendo por el aire días enteros con sus noches. Al octavo día que con este nuevo género de navegación andábamos peregrinando, vimos desde lejos una cierta tierra muy grande, en medio del aire situada, como si fuera una isla luciente, redonda y con mucha y muy clara lumbre, toda resplandeciente. Enderezamos a ella las velas y, entrados en el puerto, determinamos de salir fuera de la nao para ver el sitio y calidad de aquella ilustre y transparente isla.

Cuando nos hallamos de pies en tierra firme, no poco cansados y aun alterados de la navegación pasada, no menos peligrosa que poco acostumbrada, comenzamos a recrearnos algún tanto con el nuevo aire y andábamos en compañía juntos de arriba abajo corriendo la tierra, la cual hallábamos ser bien poblada y labrada y habitada por todas partes de gentes de razón y dadas a cualquier oficio de virtud y humanidad, deleitándose de hacer bien y recibir con benevolencia y amor a los peregrinos y viandantes, mas era esta tierra de tal calidad que entre día no podíamos ver ninguna cosa, aunque con abiertos ojos anduviésemos trabajando de comprender¹⁴ con la vista las cosas que teníamos delante, pero lo que de día no podíamos ver por causa de la obscuridad y tinieblas que impedían

13.- Es decir, Lidia, el reino del mítico Cresos.

14.- La acepción de este 'comprender' la indica así Covarrubias: «También significa entender y percibir alguna cosa».

nuestra noticia quitándonos el sentido de la vista, por otra parte, contra el ordinario curso de Natura, el resplandor de la noche suplía las faltas del día y así, durante el tiempo de la noche penetraba nuestra vista todo lo que delante se nos ponía con tanta facilidad y certidumbre como la lumbre del sol suele manifestar las cosas a los que viven en la Tierra. De manera que, extendiendo la vista de nuestros ojos a mirar por las partes que andábamos, veíamos desde no muy lejos otro infinito número de islas, las unas de la cuales parecían mayores, otras parecían menores, otras relumbrantes y otras de color de fuego encendido. Mirando también desde alto penetrábamos con la vista en el profundo y nos parecía que veíamos debajo de nosotros otra tierra muy espaciosa y poblada de muchas ciudades, regada de muchos ríos y mares, adornada de muy artificiosa variedad de verduras, de selvas frondosas, de espesos bosques, de collados y montes sublimes, todo con singular artificio de la maestra Natura distinguido y situado y, según lo que podíamos juzgar estando nosotros contemplando estos edificios desde la lumbre y atalaya de tan sublime lugar, teníamos por cierto ser aquella tierra que veíamos, la fábrica de este mundo inferior que de los hombres mortales al presente es habitado.

Procediendo, pues, más adelante en nuestro comenzado camino, considerando con gran atención el sitio y calidad de aquella nueva región donde habíamos aportado, no sé cómo topamos con gran número de gentes que en su lengua son llamados Hipogypos. Estos hipogypos son unos hombres muy valientes que por falta de caballos andan caballeros en unos buitres de tan extremada grandeza que a penas parece cosa creíble contarlos, por ser aves de tal calidad cuales en ninguna otra tierra se hallan semejantes: cada una de ellas tiene tres cabezas muy grandes, conforme a la proporción y mesura del restante del cuerpo, cuya grandeza del tamaño de las alas fácilmente puede ser estimada que son más robustas y más grandes que el mástil de alguna carraca.¹⁵ Estos Hipogypos que decimos, por mandado de su rey andan siempre rodeando a vuelo su tierra y visitando en torno sus confines para ver si de otras tierras extrañas a caso vienen algunos peregrinos a su señorío, que sepan quiénes son y luego los lleven presos en presencia de su rey. Y así nos aconteció a nosotros, que luego que nos topamos con aquel género de gente tan extraño, echaron mano de los primeros y sin detenimiento nos prendieron a todos, y atados como a malhechores nos llevaron delante del rey para que allí diésemos razón de nosotros y respondiésemos particularmente a todo lo que nos fuese preguntado.

Como el rey nos vio, así de la calidad y postura¹⁶ de las personas como de los hábitos que traíamos vestidos, pudo sacar por conjetura que éramos griegos y después de habernos saludado mirándonos humanamente nos dijo: «Paréceme, peregrinos, que sois griegos.» Nosotros le respondimos humildemente ser verdad y que estábamos prestos de darle cuenta y razón de todo lo que quisiese saber de nosotros y que también tendríamos a buena dicha en aquella tan extraña y no pensada peregrinación nuestra, le pudiésemos hacer algún servicio. Él nos preguntó: «Y ¿cómo pudistes vosotros volar tan alto por los aires que hayáis podido llegar hasta esta estancia nuestra, que tan lejos de la Tierra está puesta y en lugar tan alto situada?» Nosotros le contamos el curso de nuestra navegación y todo el caso como pasaba, lo cual él escuchó benignamente y después, cobrando entre nosotros

15.– La carraca es «especie de navío, *quasi* curraca o curruca, por alguna similitud que devieron notar en ella propia del carro, y será llevar mucha carga» (Covarrubias). Oudin la traduce como «carraque, une sorte de grand vaisseau de mer».

16.– El significado de 'postura' en este pasaje corresponde al actual de 'apostura'

poco a poco mayor familiaridad de una parte y de otra, él también comenzaba a darnos cuenta de sus negocios, contándonos por orden la calidad de su suerte y fortuna. Contábanos cómo él también era hombre humano y que tenía por nombre Endimión, nacido en nuestra tierra de Grecia y cómo por un caso muy extraño, estando un día durmiendo, fue arrebatado de la Tierra y transportado en aquella estancia transparente, dentro de cuyos terminos tenía por entonces limitado su imperio y dominio. Y por que no ignorásemos el lugar donde éramos aportados, nos hacía saber que era aquel que desde la Tierra juzgan los hombres ser la estancia de la Luna. Díjonos también que estuviésemos de buen ánimo, sin temor de peligro ninguno, porque éramos llegados a lugar donde se holgaban de hacer a los peregrinos todo honor y cortesía y que tampoco a nosotros nos faltaría ninguna cosa de las que hubiésemos menester y así mandó a los suyos que luego nos fuesen dadas todas las cosas necesarias. Allende de esto, enderezando sus palabras a cada uno de nosotros, nos dijo: «Si yo hubiere buena fortuna y alcanzare la victoria que deseo en la guerra que al presente muevo contra los que moran en la esfera¹⁷ del Sol y vosotros quisiéredes quedar en mi servicio, seréis participantes de mi buena fortuna y viviréis en mi corte con gran honor y premio que de mí habréis copiosísimo.»

Nosotros le hicimos gracias por la liberalidad de su noble ofrecimiento y también le preguntamos más particularmente quiénes eran sus enemigos y la causa y origen <de¹⁸> donde procedían aquellas discordias. Él nos respondió: «Habéis de saber que Faetón, que es el rey y señor cuyo imperio se extiende sobre todos los que moran en la esfera del Sol (porque quiero que sepáis que también es habitable la esfera del Sol, como veis que es habitada la esfera de la luna), como persona muy orgullosa por tener el cetro de su reino puesto en lugar más ilustre y sublime, ha gran tiempo que movió contra nosotros una grave y peligrosa guerra, sin haber sido de mí ni de los míos injuriado y sin tener para ello ninguna razón ni justicia. La causa que le hizo mover contra nosotros esta injusta guerra es la que de mí oiréis: En los tiempos pasados, yo mandé coger cierto número de pobre gente dentro de los límites de mi reino y con ella quise pasar hasta el lugar de aquella reluciente estrella de Venus que es llamada el Lucero, para poblar con mi gente los términos de aquel orbe que hasta entonces siempre había estado desierto y de ningunas personas había sido poblado. Parecíame que con justo título y conforme a mi derecho¹⁹ podía yo, sin contradicción de ninguno, hacer esta buena obra, pues que no tocaba en la jurisdicción del Sol, y la estrella resplandeciente de Venus es más cercana en sitio, parentesco y amicitia, de la Luna que no del reino del Sol, del cual no pocas veces ha sido injuriada. Pero este bueno de Faetón, movido de pura envidia, estorbó el paso a mi gente, saliéndoles hasta la mitad del camino con grande número de gente de aquellos que son llamados en su lengua Hipomyrmecos, puestos apunto de guerra para impedir mi buena obra. Yo, con los míos, que ninguna sospecha teníamos de enemigos y solamente buscábamos de poblar aquel lugar desierto con leyes²⁰ y disciplina de paz, no veníamos con los aparejos que fueran ne-

17.- En la edición de Frisius se lee continuamente 'espera' en vez de 'esfera' o 'sphaera'.

18.- En la edición de Frisius 'origen donde'. En miendo en 'de donde', conforme al uso natural.

19.- El texto dice 'conforme a mí de / derecho'. Entiendo que se trata de un típico error de paso de línea y que el sintagma es 'conforme a mi derecho'. Se trata de un error relativamente frecuente en oficiales de imprenta novatos.

20.- El texto editado por Fries dice 'leys', que seguramente corresponde al uso de Enzinas de plurales 'leys, reys, greys', con diptongación en monosílabos. Modernizo la forma para mejor lectura actual.

cesarios para hacer a Faetón la guerra y a esta causa fue mi gente por entonces deshecha y fuimos forzados de retraernos hasta los términos de nuestros confines, porque no fuimos bastantes, estando descuidados y sin armas, de resistir a la potencia del Sol. Al presente estoy determinado de renovar la guerra, así por vengarme de la injuria pasada como por salir con mi intención de poblar en todo caso con mi gente los términos del reluciente Lucero; y si vosotros queréis mostrar vuestro valor en esta empresa y servirme en esta guerra que al presente comienzo, será para mí muy acepto vuestro oficio y desde agora mandaré que a cada uno de vosotros sea dado uno de los buitres reales con todas las otras armaduras que fueren necesarias. Mañana será la muestra de toda mi gente y saldremos todos en orden para ir a poner en efecto mi voluntad determinada.»

Después de haber oído el razonamiento del rey y su voluntad y ofrecimiento, todos de un mismo ánimo y parecer le respondimos ser muy contentos de servirle en aquella empresa y poner en aventura nuestras personas en defensa y amparo de su real estado. Desde aquella hora quedamos en su servicio y por hacernos mayor honor nos asentó a su mesa, en la cual nos fue hecho muy solemne tratamiento. El día siguiente, en amaneciendo, el rey comenzó a ordenar sus hazes²¹ con grande diligencia y a nosotros nos puso en lugar honesto, confiando en nuestra virtud, con lo cual esperaba alcanzar de sus enemigos victoria. Estando en esto nos vinieron nuevas que los enemigos estaban cerca, porque las espías que de nuestra parte eran enviadas a considerar el estado en que estaban los negocios de los enemigos y el lugar donde tenían su real asentado, eran venidas y denunciaban por cosa cierta cómo los enemigos venían a más andar con su ejército puesto en orden y que ya estaban muy cerca de nuestros confines. Pero no por esto perdíamos el ánimo, sino antes con mayor destreza y diligencia se iban ordenando las hazes de nuestro ejército, que llegaba hasta el número de cien mil combatientes, sin la otra gente de pie, que era infinita y sin las otras ayudas que de soldados peregrinos y aventureros habían allegado, y también sin toda la retaguarda y fardajes y vituallas y artífices y artificiosos aparatos de guerra que seguían el ejército, porque de los que venían en nuestra ayuda, soldados aventureros eran, de aquellos que se llamaban hipogypsos, hasta ochenta mil combatientes y de otro nuevo género de gente, que andaban caballeros sobre una suerte de animales muy extraños, que en su lengua son llamados Lachanópteros, venían hasta el número de veinte mil hombres de armas. Estos Lachanópteros es un nuevo género de aves de grandeza desordenada, que en lugar de plumas, está toda vestida de infinita variedad de yerbas que suelen nacer en los huertos sembrados de hortaliza, que llaman holuras,²² las cuales eran tan grandes y de tantas suertes, que con ellas se levantaban a vuelo con gran ímpetu y admiración de todos los que los miraban. Y los que, entre este nuevo género de gente eran más ligeros y de mayor violencia, estaban vestidos, todo el cuerpo y las alas, de hojas muy grandes, semejantes a las hojas de lechugas luengas. Con estos que hemos dicho venían también, en sus hazes ordenadas, gran número de gentes llamados Cencrobolos y con ellos otros muchos que tienen por nombre Scorodomajos. Vinieron también en nuestra ayuda, desde la parte del Septentrión, hasta el número de treinta mil Psilotojotas y cincuenta mil Anemódromos, los unos de los cua-

21.- Las 'hazes', como precisa minuciosamente Covarrubias, son los «escuadrones puestos en orden de pelear, porque están haz en haz los unos contra los otros». Respeto la grafía original 'hazes', para evitar confusión con la forma verbal del presente de 'hacer'.

22.- Con la grafía 'oluras' el NDLC lo da como variante de 'olores, aromas'.

les, que son llamados Psilotojotas, venían caballeros sobre cierto género de pulgas, como lo declara su nombre, de una grandeza increíble, porque cada una de ellas era tan grande, sin mentir, como doce elefantes. Los otros, que se llamaban anemódromos, eran todos gentes de pie, llevados con gran ligereza del viento, sin tener alas, volando por medio del aire. El modo y arte de que éstos usan para volar por donde quieren es éste: tienen vestidas unas ropas largas hasta los pies, las cuales traían ceñidas por medio del cuerpo, y por la abertura delantera cogen tanto viento que hinche todos los pliegos y dobleces de la ropa, no de otra manera que si fuesen las velas de alguna nao cuando van llenas de viento, y de esta manera, como naos, son llevadas por el aire remando con los brazos y con maña guiando a cualquiera parte que quieren. Estos, en la guerra, armados de sus escudos, son tenidos por gente muy belicosa y atrevida, principalmente al tiempo de dar la batalla. Allende de esto se decía por cosa muy cierta, que desde aquella parte del cielo donde las estrellas están puestas sobre Capadocia, venían en nuestra ayuda setenta mil Struthobálanos y cincuenta mil hipogeranos. A éstos yo no los vi, porque a la sazón aun no eran llegados y a esta causa no me atrevo a escribir su natura y propiedades. Es verdad que se contaban de ellos cosas increíbles y dignas de gran admiración, que si las pusiese por escrito, según es grande la bajeza y abatimiento de las cosas terrenas, a fatiga serían creídas de los hombres mortales. De manera, pues, que éste era el número que se hallaba en el ejército de nuestro rey Endimión. Las armaduras que traía esta gente de guerra casi todas eran semejantes: los yelmos eran hechos de cascos de habas, porque en aquellas partes crecen las habas muy grandes y las cortezas son durísimas; los arneses y corazas con que cubrían sus cuerpos eran todos hechos de unas escamas duras, y, por singular artificio tejidos de cuescos de altramuces, porque de los cuescos de altramuces, cosidos unos con otros y con gran ingenio entretejidos, hacen sus arneses y corazas con que van armados a la guerra en lugar de armas defensivas, con las cuales traían también guardados los cuerpos, porque éstos cuescos, después de bien cosidos y aderezados se vuelven tan duros como cuerno. Los escudos y espadas que trayn son semejantes a las que se usan en Grecia.

Con este ejército que digo salimos al campo puestos apunto de guerra por la orden que oiréis: en la ala diestra iban los Hipogypos, y entre ellos, los que eran más escogidos iban cerca del rey en guarda de su persona, con los cuales íbamos también nosotros como hombres animosos que sabríamos bien defenderla. En la ala siniestra iban los que arriba dijimos ser llamados Lajanópteros; entre medias de las dos alas iban los soldados aventureros que venían en nuestra ayuda y cada uno puesto en el lugar que más le agradaba. También la gente de pie, que llegaba hasta el número de sesenta mil hombres, fue distribuida con muy concertada orden de esta manera. En aquel lugar hay infinito número de arañas y tan grandes que cada una de ellas es mayor que ninguna de las islas que son llamadas Cícladas; a éstas mandó el rey que luego tejiesen con sus hebras, y con sus telas cubriesen todo aquel espacio de aire que hay desde el cerco de la Luna hasta la esfera del claro Lucero por donde había de ser nuestro camino. Luego que esto fue hecho, a la hora²³ parece que todo aquel lugar quedó cubierto de un verde prado, con las espesas telas que las arañas habían tejido: sobre este campo fue puesta toda la gente de pie de nuestro ejército: los capitanes que la gobernaban, era el principal aquel famoso varón Nicterión, hijo de Eudianacto, y con él iban otros dos capitanes súbditos suyos, que tenían también cargo del gobierno de la gente.

23.- 'A la hora' en el sentido de 'al instante, al momento'.

La orden, pues, de la gente de los adversarios es ésta: en la ala siniestra iban los que dijimos ser llamados Hipomyrmecos, en medio de los cuales iba el rey Faetón, con su majestad ilustre y resplandeciente. Estos Hipomyrmecos son cierto género de bestias con alas, que usan en lugar de caballos, los cuales son muy semejantes a las hormigas que viven en la tierra, sino que la grandeza de ellas es muy diferente: la mayor de estas bestias es tan grande que, extendiendo sus alas fácilmente podría cubrir docientos pasos de tierra; y lo que parece cosa de mayor maravilla es que no solamente peleaban los caballeros que sobre ellos iban, sino también las mismas bestias; con los cuernos que tenían solían hacer gran estrago en los enemigos todas las veces que se hallaban en batalla. Decíase que el número de estas bestias llegaba al pie de cincuenta mil Hipomyrmecos; en la ala diestra de los adversarios iban, por orden puestos, hasta el número de cincuenta mil combatientes, que en su lengua son llamados Aeroconopes, todos hombres diestros y certeros en tirar saetas, los cuales iban armados con arcos y saetas y caballeros sobre unos mosquitos de no acostumbrada grandeza; después de estos luego se seguían otros nuevos guerreros a los cuales llamaban Aerocordaces; estos eran hombres de pie, muy ligeros y belicosos, que en lugar de armas traían consigo unos rábanos muy grandes, los cuales tiraban contra los adversarios, y eran de tal calidad estos rábanos que cualquiera que con alguno de ellos fuese herido, era la llaga incurable y sin remedio ninguno era necesario que luego muriese, porque en la parte que tocaban dejaban de un tan extraño hedor contaminada la herida que poco a poco aquel veneno se difundía por todo el cuerpo y consumía las entrañas hasta que en muy breve tiempo daban la muerte a los que eran de estos rábanos heridos. Y estos, allende de los rábanos, traían unas saetas enherboladas hechas del tronco de la malva y teñidas de veneno; junto con éstos se seguían luego, puestos en orden, los que llaman Caulomyctes, hombres belicosos y diestros para pelear de cerca, los cuales, armados de armaduras ligeras, llegaban hasta el número de diez mil guerreros. Llámense Caulomyctes porque, en lugar de armas defensivas y ofensivas, traían los escudos de hongos y las lanzas de espárragos, como lo declara su nombre. Seguíanse tras éstos otro nuevo género de hombres, llamados cynobalanos, gente para guerrear valiente y atrevida y muy diferente de todos los otros que venían en el ejército. Estos, según se decía, y fácilmente de su disposición y postura podía ser conocido, eran enviados de aquella parte del cielo donde reina aquella estrella muy ardiente que hace los días caniculares²⁴, la cual es llamada Canícula y a esta causa tenían todas las cabezas y rostros, no de hombre, sino naturalmente de perros y en el restante del cuerpo eran grandes, ligeros y acelerados, como si en todo y por todo representaran la natura de aquella estrella canicular donde hacían su morada. Venían, todos estos, caballeros sobre unas abellotas²⁵ muy grandes, vivas y con alas, sobre las cuales iban por el aire volando y peleaban animosamente, así por ser animosos como porque eran muchos, que llegaban hasta el número de cincuenta mil hombres de guerra. Decíase también por cosa cierta que otra gran multitud de gentes armadas con arcos y saetas y, allende de éstos, otros llamados Nefelocentauros, que habían de venir en su ayuda desde el círculo Lácteo, le habían faltado y no habían querido cumplir el asiento y ayuda que habían prometido, aunque a la fin estos también vinieron después que fue comenzada la

24.- La estrella en cuestión es Sirio, en la constelación del Can Mayor, de ahí los días caniculares.

25.- La variante 'abellota' por bellota, la usa Juan de Mena en el siglo XV y aparece también en el muy popular *Ysopete historiado*.

batalla, los cuales pluguiera a Dios que se quedaran en casa y que nunca vinieran. Los otros, que tiraban desde lejos con hondas, de los cuales teníamos gran temor, pensando que venían coontra nosotros, no vinieron. A esta causa dicen que fue tan airado el rey Faetón en verse así burlado de estos hombres que le habían prometido su ayuda, y al mejor tiempo le desamparaban, que, encendido de ira, mandó que luego a la hora fuese con rayos de fuego abrasada toda aquella región donde hacían su morada, de manera, pues, que éste también fue el número del ejército de Faetón, como lo tenemos por orden contado.

Después que fueron levantados los estandartes de entrambos los ejércitos, a la hora se levantó gran sonido de asnos que rebuznaban (porque de estos rebuznos y bocinas usan en lugar de trompetas) los cuales daban señas como si de entrambas partes tocaran a la arma. Al son y ruido de esta perturbada música mueven los ejércitos de una parte y de otra con gran ímpetu hasta que llegaron a las manos, donde se trabó entre los unos y los otros una cruel y peligrosa batalla. A esta sazón, nosotros, que allí éramos venidos con intención de ganar honra, nos hubimos tan valerosamente que, no pudiendo los adversarios resistir a nuestra violencia, de los primeros encuentros pusimos en huida a todos los que venían en la siniestra ala de los enemigos. Nosotros íbamos gloriosamente con nuestros Hipogypsos siguiendo la victoria y persiguiendo a los adversarios, que iban las espaldas vueltas, puestos en huida. Aunque por otra parte la ala diestra de los enemigos cargó tan recio sobre los nuestros, que estaban puestos en la ala siniestra y con ellos se habían afrontado, que la iban poco a poco maltratando y deshaciendo con gran daño de los nuestros. A la hora salieron también sobre nosotros aquellos guerreros de los adversarios que dijimos ser llamados Aeroconopes, y éstos iban juntamente con los primeros en seguimiento de nuestra ala siniestra, que iba ya casi de vencida, y penetraron hasta el ejército de pie, que venía detrás, en sus hazes ordenado.

Luego que nuestra gente de pie vio cómo los nuestros iban mal parados, cargó animosamente sobre los enemigos con tanta violencia que no solamente hizo espaldas a los nuestros, sino aun también puso en huida a los adversarios, los cuales, como vieron que no podían resistir a la gran fuerza y poder que sobre ellos venía, declinaron del camino que habían comenzado y sin resistencia se dieron por vencidos, máximamente cuando vieron claramente que nosotros habíamos ya destrozado la ala siniestra de su gente y que ya era de todo punto vencida. A la hora, como vieron los adversarios el pleito mal parado por todas partes, comenzaron todos a huir a rienda suelta y nosotros, animosamente, íbamos en su seguimiento, hiriendo y matando cuantos alcanzábamos. A otros, que eran personas de alto valor, tomábamos presos con esperanza de haber después gran premio por su rescate: allí viérades un destrozo cruelísimo y digno de compasión grande, así de los alaridos tristes que daban los heridos como de las lamentaciones de los presos. Finalmente fue tanta la sangre que en aquella batalla se derramó, así de los muertos como de los heridos, la cual destilaba como espesa lluvia sobre las nubes, que en muy breve tiempo quedaron todas ensangrentadas las mismas nubes y vueltas de aquella inflamada y encendida color de fuego que suelen mostrar a los que están en la Tierra después que se pone el Sol en la parte de Occidente. También cayó gran multitud de sangre sobre la tierra, que puso gran admiración y espanto a todos los mortales. Puedo con verdad decir que, cuando yo vi cubierta de sangre la tierra, luego me vino a la memoria lo que el poeta Homero escribe: que en la muerte de Sarpedón, por mostrar el dolor que toda la natura humana recibía de la

muerte de tal persona, el mismo Júpiter llovió gotas de sangre sobre la tierra. Pero cuando yo considero con más atención este desastrado caso que allí vi con mis propios ojos, juzgo lo que me parece mas verisímil y cierto ser verdadero: que no era Júpiter el supremo y más eminante de los dioses, el que quiso espantar al género humano con una crueldad tan desafortada, enviando gotas de sangre sobre la Tierra, sino que en aquel tiempo, por otra vía no acostumbrada a caso se cometió semejante batalla en la media región del aire o en el cerco de la Luna y que de las heridas de los muertos destiló aquella sangre. A la fin, después que fuimos tornados del seguimiento de los enemigos, pusimos dos trofeos en señal y memoria de la victoria que habíamos ganado, el uno sobre las telas de las arañas, donde fue la batalla de la gente de pie y el otro en el aire, sobre las nubes, donde nosotros vencimos la primera batalla, pero como la variable Fortuna nunca permanece firme en un estado, así tampoco permitió que aquella nuestra gloria fuese perfecta ni durable.

Estábamos todos muy gloriosos y triunfantes en haber alcanzado tan noble y gloriosa victoria, cuando nos vinieron nuevas cómo los Nubecentauros venían con gran poder sobre nosotros. Estos Nubecentauros son los que arriba dijimos, que habían prometido su ayuda al rey Faetón y no vinieron al tiempo de la batalla, de los cuales nos traían nuevas nuestras espías, que después de nuestra victoria venían muy poderosos. Es verdad que cuando ellos llegaron y nosotros los vimos, todos quedamos atónitos y espantados en ver delante de nuestros ojos una vista cual jamás nunca esperaríamos, porque no eran como los otros guerreros que se habían hallado en la batalla, hombres naturales, aunque venían caballeros sobre extraños géneros de bestias, pero estos eran propiamente centauros, compuestos naturalmente de caballos y de hombres. En la media parte del cuerpo de arriba eran hombres, y tan grandes como suelen ser los Colosos de Rodas; en la otra media parte de abajo eran caballos de tanta grandeza como suele ser una gran carraca. El número de esta gente era tanto y tan desafortado que no me atrevo a ponerle por escrito, porque si lo escribiese bien sé que los lectores lo tendrían por cosa increíble. El capitán general de todo este copioso ejército era aquel nombrado y famoso Sagitario, que es uno de los animales vivos que andan en aquel círculo celeste, que de los Astrólogos²⁶ es llamado Zodíaco. Cuando este valeroso capitán fue llegado y supo por nueva cierta cómo sus amigos, en cuyo favor él venía, eran todos vencidos, recibió de ello gran pesar y a la hora envió sus embajadores al rey Faetón, haciéndole saber cómo él era venido para vengar su injuria, por lo cual le rogaba que saliese con él al campo, para que viese tal venganza de sus enemigos cual él nunca esperara. Alegre con estas nuevas, el rey Faetón salió con el restante de su gente al campo y todos juntos, en compañía del valeroso Sagitario, vinieron animosamente sobre los del reino de la Luna, los cuales a la hora no solamente estaban descuidados con la grande alegría de la próspera victoria que habían alcanzado, pero aun estaban todos esparcidos y, sin orden ninguna, ocupados en robar el campo y repartir los despojos que habían hallado en el real de los enemigos, de manera que fue para ellos fácil cosa de vencer a los que no ponían resistencia en defenderse, porque ninguno de nosotros podía pensar que nos restaba otro ejército de nuevo que vencer, más del que poco antes habíamos vencido. A la fin, del primer asalto pusieron en huida a toda nuestra gente y fueron en seguimiento del rey hasta la ciudad, hiriendo y matando en el camino muchos

26.- En realidad en la edición de Augustin Frisius dice 'Asrtrogolo', error evidente, como antes había impreso 'desafortado' por 'desafortado'. Una edición, como se ve, tendente al desaliño.

de sus Hipogypsos que iban en su compañía. Esto hecho, derribaron con gran indignación nuestros trofeos y comenzaron de nuevo a correr el campo de las telas que habían tejido las arañas, en la cual corrida hicieron en nuestra gente gran destrozo. Prendieron a muchas señaladas personas y entre los otros me llevaron a mí, con otros dos de mis compañeros, presos hasta que llegamos donde estaba Faetón, al cual hallamos muy alegre y gozoso por aquella no pensada victoria, y después de haber robado nuestro campo vimos que había ya puesto dos trofeos en señal y memoria de su próspera fortuna.

Después que hubieron puesto en orden todas sus cosas nos llevaron a nosotros en aquel mismo día en presencia del Sol, atadas las manos atrás, como a malhechores, con un pedazo de las telarañas de nuestro campo, que todo lo habían ya destrozado, y ellos se volvieron a ver el estado en que estaban las cosas y a fortalecer con firmes baluartes y otras municiones los términos de sus confines. Estuvieron en deliberación si sería bien poner cerco a la ciudad donde se había encerrado <Endimión²⁷> hasta tomarle preso y vencido, pero a la fin, después de maduro consejo, determinaron que no se hiciese, pues que no es de nobles ánimos perseguir al que es vencido, ni buscar por violencia reinos ajenos, pues que tiene cada uno hartos que gobernar en los suyos. Con esta determinación acordaron de volverse, aunque no primero quisieron reposar en su reino que hubiesen puesto por obra lo que convenía para la defensa y amparo de sus señoríos, lo cual fue hecho de esta manera: lo primero acordaron de edificar un muro muy alto y fuerte, el cual se extendía por en medio del aire, puesto entre la estancia del Sol y de la Luna, tan ancho y espacioso que casi ocupaba toda la lumbre y resplandor que suele redundar de la esfera del Sol en el orbe de la Luna. Este muro era hecho de dobladas nubes, muy fuerte y bien fortalecido, de manera que la falta de la lumbre de la Luna se veía muy claramente y toda aquella región inferior del cerco de la Luna quedaba desde entonces ocupada de perpetuas tinieblas, porque la lumbre del Sol no podía penetrar hasta el cuerpo de la Luna, con cuyo resplandor suele ser ilustrada, y a esta causa, todos los que moraban en aquella región estaban ciegos y no podían verse unos a otros por causa de la noche ciega en que vivían.

Hallose tan fatigado Endimión con aquel hecho de Faetón, que no pudiendo sufrir aquella vida tan triste de estar siempre en continuas y espesas tinieblas, envió sus embajadores a Faetón, rogándole humildemente que, habiendo piedad de la obscuridad perpetua en que vivían, tuviese por bien de mandar derribar el muro que les impedía la claridad y no permitiese que viviesen en la continua tristeza de aquellas tinieblas. Por este beneficio le prometía firmemente que, de allí en adelante, sería su amigo fiel y perpetuo y que nunca tomaría armas para injuriar a ninguno de los que morasen en la esfera del Sol, sino que antes le ayudaría en todas sus necesidades como fiel amigo y confederado. Allende de esto le prometía de le reconocer por superior y, como a tal, le quería pagar cierto tributo cual a él le pareciese ser honesto y conveniente, y para confirmación de todo esto que le prometía, era contento de entregar en su poder prendas suficientes y fiadores de entera fe, que tuviese como puestos en rehenes hasta que este contrato, así de la una parte como de la otra, fuese pasado y comprobado.

Oída esta embajada, Faetón congregó dos veces todo el Consejo Real de su ilustre reino y estaba tan encendido de ira contra Endimión que en la primera congregación, aunque

27.- Omitido en la edición Frisius, pero necesario para la inteligencia del pasaje. La enmienda es mía.

las condiciones eran honestas, no pudo inclinar su ánimo a misericordia ni quiso, por ninguna vía, condescender en los ruegos de Endimión, aunque muchos grandes de su reino se lo rogaron, pero a la fin mudó su propósito y tuvo por bien de aceptar las condiciones de paz, que fueron estas: «Asentaron nuevo contrato y confederación el ilustre rey Faetón y los grandes de su reino del Sol con el rey Endimión y los suyos, que moran en el reino de la Luna, con tales condiciones y leys firmes y valederas²⁸ Lo primero, que los del reino del Sol, movidos a compasión de la obscuridad que padecen los Lunares, tengan por bien de derribar el muro que habían edificado entre la esfera del Sol y el círculo de la Luna y que de esta manera, la claridad y luz que les faltaba, les sea de nuevo restituida. Allende de esto prometen, como buenos amigos, dende en adelante ser firmes confederados de los Lunares y que nunca más tomarán armas contra ellos ni les harán enojo ni sinsabor ninguno. También dicen que les quieren restituir los presos que suyos tenían, pero como fueron presos de buena guerra demandan que, a ley de buenos guerreros, les sea por ellos pagado el rescate que fuere honesto. Quieren también que los del reino de la Luna dejen a todas las otras estrellas libres y que a ninguna de ellas hagan tributaria y que, desde el día de aquel contrato hasta siempre jamás, no sean osados de tomar armas contra los moradores del Sol, sino que antes se obliguen de ayudarles si algunos otros enemigos los molestaren. Demandan, allende de esto, los del reino del Sol, que los Lunares sean obligados a reconocerlos por superiores y, como a tales, paguen en lugar de tributo todos los años, diez mil medidas de rocío. Y, para confirmación de este nuevo contrato, demandan que el rey Endimión sea obligado a depositar en su poder, como en rehenes, diez mil personas de su reino hasta que todos los autos del contrato sean pasados y confirmados. Allende de esto, tocante a las nuevas poblaciones²⁹ que se habían de enviar a la estrella del Lucero, ordenan que sea hecho comúnmente, así de la una parte como de la otra, y que, así de los solares como de los lunares, sea poblada aquella región, siendo los unos y los otros igualmente participantes de esta nueva población que de nuevo se ordenaba. Mandan también que todas estas condiciones y contratos de paz sean luego esculpidos en una columna de ámbar transparente y que esta columna sea puesta y situada en el aire³⁰, entre medias de los términos y confines de los reinos del Sol y del reino de la Luna, para que de los unos y de los otros sea vista y ninguno pueda pretender ignorancia.

Los que se hallaron presentes a este nuevo asiento de paz y confirmaron de entrambas partes estas condiciones dichas fueron de parte de los del reino del Sol: Pyrónides, Therites y Flogio; de parte de los del reino de la Luna: Níctor, Menio y Polilampo. Con esto quedó entre los unos y los otros la paz muy confirmada y perpetua y luego los del reino del Sol derribaron el muro que habían edificado y restituyeron los presos que tenían de los nuestros. Pues cuando nosotros tornamos a la Luna saliéronnos a recibir nuestros compañeros al camino, derramando lágrimas, de placer que tenían en vernos libres y fuera de aquel grande peligro en que nos habíamos visto, que era más alto y más peligroso

28.– Otro ejemplo de desaliño editorial en el texto de Frisius: «valedras». No es de extrañar que Enzinas renunciara a seguir con este impresor y se estableciera en 1552 por su cuenta.

29.– Nueva errata de composición del cajista de Frisius: 'poblacions'.

30.– En este caso Fries, o su cajista, imprime 'ayre', frente al habitual 'aere' usado hasta aquí.

que verse hombre³¹ en los cuernos de la Luna, como se dice en vulgar proverbio. Salíonos también a recibir el bueno del rey Endimión, que no menos derramaba lágrimas de placer que nuestros propios compañeros. Después que nos hubo recibido con gran alegría, mandó que se congregasen todos nuestros compañeros y, lo primero, nos hizo gracias por el trabajo que habíamos tomado en su servicio, condoliéndose también de nuestra fortuna y de lo que habíamos padecido. Allende de esto, nos rogaba, con todo el afecto y amor que podía, que nos quedásemos en su corte, con prometimiento que nos haría grandes mercedes y, para en señal y comienzo de ellas, me quería dar a mí luego por mujer un hijo suyo legítimo que solo tenía, porque en todo aquel reino no hay uso de mujeres, y así no se pueden hallar ningunas, pero yo le hice gracias de su noble y liberal ofrecimiento, aunque no acordé de aceptar aquel partido, porque me parecía cosa muy grave y dificultosa para mí vivir en aquella estancia y en aquel aire tan diferente del nuestro, y también por que no fuese por aquella ocasión estorbado el propósito que tenía de proseguir mi navegación comenzada. A esta causa yo le rogué humildemente que no nos detuviese más tiempo en aquel lugar, sino que tuviese por bien de darnos licencia y ponernos de nuevo en el mar, para que, sin perder tiempo, pudiésemos dar fin a nuestra empresa.

Al principio no lo pude acabar con él, porque quería primero mostrarnos por entero su estancia real y usar con nosotros de alguna gratitud de ánimo antes de nuestra partida, pero a la fin, después que nos hubo detenido consigo siete días y héchonos en todo este tiempo fiesta muy grande, acordó de condescender a nuestros ruegos y de ponernos de nuevo en el mar, como le demandábamos.

Mas, antes que de allí me parta, quiero contar las cosas que vi en el reino de la Luna, dignas a mi parecer de memoria y de admiración grande, las cuales por ventura algunos hombres ignorantes y de poca experiencia las tendrán por increíbles, aunque de estos, a la verdad, yo me curo poco, pues que ni ellos saben otra cosa que estarse toda su vida, mano sobre mano, sentados tras los tizones, como animales invernizos y a esta causa ignoran las cosas del mundo y del cielo, que son grandes, y a cada cosa que oyen se espantan como ciegos ignorantes, ni tampoco por causa de tales necios es razón que queden puestas en olvido las cosas que son dignas de memoria y las altas hazañas de los claros varones. Saben los que son prudentes, y selo yo, como testigo de vista, ser verdaderas estas cosas que escribo y a esta causa es honesto, y aun necesario, que sean por extenso recontadas.

Lo primero, pues, es necesario que sepan y aprendan los que ignoran que en el reino de la Luna no son engendrados los hombres de mujeres, porque allí no hay ningunas, como hemos dicho, pero nacen los hombres de otros hombres varones y así como en la tierra se celebran las bodas entre varones y hembras, así en aquella región entre unos hombres con otros, y no hay ninguno que sepa qué cosa sea hembra. Hasta la edad de veinticinco años todos son tenidos por mujeres; desde aquella edad en adelante no son más tenidos por mujeres, sino ellos tienen a otros: conciben, no en el vientre, como las mujeres, sino en la pantorrilla de la pierna. Cuando es engendrada la criatura, poco a poco se les va hinchar la pierna, ni más ni menos que suele crecer la barriga a las mujeres que están preñadas. A la fin, cuando es venido el tiempo del parto, abren la pierna con cierto instrumento por el lugar que ellos ya conocen, que está en medio de la pantorrilla puesto, y sacan de aque-

31.- Este uso de 'hombre' corresponde a un genérico similar al uso actual del francés 'on' (que etimológicamente procede de lo mismo). Es importante anotar lo porque se trata de un uso típico del Lazarillo ('cuando hombre...').

lla hinchazón un pedazo de masa muerto. Después que han sacado la criatura muerta, pónenla al aire y traynle la mano por encima, como si la halagasen y de esta manera, poco a poco va cobrando vida hasta que se ha perfeccionado en su forma natural, como es la de los otros hombres crecidos y, para decir la verdad, a mí me parece que aquel vocablo de los griegos que es llamado gastrocnemia, no de otra parte procede, sino de semejante género de gentes que en los tiempos pasados, en lugar del vientre solían engendrar en la pantorrilla de la pierna. Cosa por cierto parece maravillosa, muy diferente de la natural costumbre de las gentes, pero la experiencia es testimonio firme de semejantes milagros, comprobada con la autoridad de las edades antiguas. Paso más adelante a decir lo que más vi, y esto que agora diré, a mi parecer es muy más increíble que lo que antes dicho es, pero no con menor firmeza y testimonio de probada experiencia confirmado.

Hay en aquella región un cierto género de hombres que son llamados Arbóreos, los cuales nacen de esta manera: toman uno de los compañeros³² del hombre y, después de hendido por medio, métenle debajo de la tierra, como los que suelen plantar alguna simiente frutífera. Poco tiempo después, de este mismo compañón nace un árbol de carne, el cual se va haciendo, poco a poco, grandísimo, hasta que llega, en grandeza y altura, a igualarse con el árbol que llaman Falo. Crecen en este árbol muchos y muy extendidos ramos, y hojas no pocas ni pequeñas, que, como cabellera,³³ adornan la proporción y forma del árbol. Tray también muchos frutos que son semejantes a las abellotas, pero son tan grandes como la medida de un codo, o algo mayores. Cuando estos frutos son maduros, córtalos y con las manos los amasan hasta que después, con ciertos instrumentos que tienen para este efecto propicios, imprimen en ellos la figura humana y de esta manera viven y conversan³⁴ con los otros hombres. Los miembros naturales que sirven para engendrar no nacen ni son formados en sus cuerpos, sino todos son postizos y así, algunos que son más ricos los tienen hechos de marfil, otros, que son pobres, los tienen de madera: con estos suelen juntarse con sus mujeres. Cuando ya son viejos estos hombres no se mueren, como nosotros, sino poco a poco se va deshaciendo su cuerpo como si fuese humo, hasta que es todo consumido y convertido en aire. Todos comen de una vianda y no hay tanta variedad³⁵ de manjares en aquella estancia como en la Tierra, y a esta causa turan³⁶ más luengo tiempo los cuerpos que los de los otros hombres humanos que viven en la Tierra, que no son contentos hasta que están repantigados y llenos de infinito género de manjares. Después que han encendido fuego asan ranas sobre las brasas, porque en aquella tierra hay grande número de ranas que andan volando por los aires; como se van asando las ranas, ellos se sientan al derredor del fuego y lamen el humo y los vapores que de sí echan las ranas y con este mantenimiento se sustentan y viven sanos. El brebaje de que usan es el mismo aire, pasado por alambique que, después de bien exprimido y colado en un vaso, se hace un tal licor cual suele ser el rocío de las mañanas. No dan del cuerpo ni hacen orina,

32.– El BDLC aclara, con admirable concisión: ‘Compañón. Testículo», lo que ahorra mayores aclaraciones.

33.– La palabra ‘cabellera’, en el Barroco, tiene el valor preciso de lo que la moda francesa del XVIII acabó por imponer como ‘peluca’ o ‘peluquín’. En este sentido lo usa Enzinas en su traducción.

34.– Se entiende ‘conversar’ en su entido bíblico de ‘conversación carnal’.

35.– En el texto impreso: ‘varidad’, otro buen ejemplo del desaliño reinante en la imprenta de Frisius.

36.– El verbo ‘turan’, variante de ‘durar’ en el siglo XVI, está registrado varias veces en la primera parte del *Lazarillo*.

ni tampoco están horadados³⁷ en aquella parte del cuerpo que nosotros. Los mancebos que sirven en lugar de mujeres tampoco usan de cosa deshonesta cuando tienen conversación carnal con sus maridos, sino en la pantorrilla de la pierna, que es el lugar por donde paren, como ya hemos dicho, tienen la abertura hecha y propicia para este efecto. Entre aquella gente es tenido por hermoso el que, de su natural, es calvo y sin cabellos y los que son vellosos o traen cabellos son tenidos por muy feos y abominables, pero los otros que moran en aquellas estrellas que de los Astrólogos son llamadas cometas tienen contraria opinión, porque éstos aman y tienen por hermosos a los que traen cabellos y aborrecen y tienen por feos a los que son calvos.

Entretanto que nosotros estábamos en el reino de la Luna vinieron ciertos moradores de la región de las estrellas Cometas y nos contaron todos sus ritos y costumbres: dejan crecer la barba hasta la rodilla y en los pies no tienen uñas ningunas, sino todos son de una forma llana, un poco luenga, como si no tuviesen más de un solo dedo. En la parte trasera les nace a cada uno cierta yerba como si fuese berza esparragada, la cual traen en lugar de cola y es de tal calidad que crece hasta ser muy luenga y continuo nacen en ella nuevos pámpanos y repollos y aunque caigan³⁸ de espaldas sobre ella, no se quiebra. Sacan de ella un cierto género de miel amarguísimo y, después que se han fatigado trabajando o luchando, o haciendo cualquiera otro ejercicio, úntanse con leche todo el cuerpo, en tanta cantidad que largamente pueden hacer quesos cuajados con la miel que de la cola destila. De las cepas sacan gran suma de olio graso, muy bueno y tan oloroso como si fuesen algunos unguentos preciosos llenos de olores aromáticos. Tienen gran número de cepas que todas ellas traen agua y ninguna suerte de vino nace en aquella tierra; los racimos en las vides son semejantes a unos montones pequeños de granizos cuajados, y aun me tengo por averiguado que de estas viñas son los granizos que caen sobre la tierra, porque cuando viene algún viento forzoso y violento que hiere las raíces de aquellas vides, derriba muchos granos de aquellas uvas, los cuales caen en la tierra cuando graniza.

Allende de esto, los hombres que viven en aquella tierra no tienen el vientre como nosotros, cerrado y lleno de tan artificiosos y aun milagrosos instrumentos compuestos por aquel eterno autor de la Natura humana y ordenados para que en él reciban y conserven el alimento que sustenta el ser de los cuerpos humano, y después, de allí, curado y temperado con el calor natural, lo distribuyan y repartan, difundidos por todas las partes del cuerpo para que sean también con esta continuada sustentación, confortadas, pero tienen hecha una ventana en el mismo vientre, que la pueden abrir y cerrar a su voluntad cuando quieren, y no de otra manera usan de su vientre que si fuese un propio saco, hechizo³⁹ para meter en él y guardar todas las cosas que quisieren. No tienen dentro de él ningunas tripas, ni estómago, ni asadura, ni otras cosas, sino todo vacío, grueso, duro y vellosos: ábrenle y ciérranle cuando les parece y, cuando hace gran frío, meten en él a los niños pequeños para que se calienten.. El vestido de que usan los ricos es hecho de vidrio como de cristal transparente, claro, blando y muy rico, Los pobres que no pueden vestirse tan delicada-

37.- En la curiosa edición de Augustin Fries 'oracados' alterando la 'd' en 'c'. No creo necesario recurrir a don Francisco de Quevedo para explicar a qué se refiere este pasaje: al no hacer de cuerpo, para nada requieren de cañerías.

38.- Modernizo el original 'vcayan'.

39.- La construcción 'hechizo para' vale por 'hecho a propósito para'. César Oudin anota 'hechiza cosa' «chose faite expres, factrice, appostée, contrefaite».

mente andan cubiertos de sus ropas hechas de metal, duras, gruesas y durables, porque en aquellos lugares hay muy abundante copia de ricos metales y el metal o latón batido en el agua lo ablandan de tal manera que pueden usar de ello, labrarlo y tejerlo como nosotros labramos y tejemos la lana. La forma y materia de que tienen hechos los ojos y de la manera que usan de ellos, no me atrevo decirlo, porque es una cosa tan extraña y tan nunca vista ni oída, que los que lo oyeren o leyeren pensarán por ventura que es mentira y que yo me lo levanto de mí, pero pues que sé cierto que es verdad y de que yo mismo soy testigo de vista, no dejaré de decirlo

Todos tienen los ojos postizos, quitanlos y pónenlos cuando quieren. Cuando están cansados de ver, quitan los del casco⁴⁰ y guárdanlos en la bolsa. Por que usándolos muchos no se gasten o se estraguen. Cuando quieren usar de ellos, sácanlos del saco y pónenselos de nuevo y ven ni más ni menos que de primero. Muchos hay que, por descuido o por cualquier otro caso fortuito de los que muchas veces acontecen a los hombres sin pensar, pierden sus ojos y en tal caso, cuando quieren ver, demandan prestados los de sus vecinos o compañeros, con los cuales ven tan bien como con los suyos propios. Hay también otros hombres ricos que tienen tres o cuatro pares guardados para mudar a las fiestas o cuando bien visto les fuere. En lugar de orejas tienen todos, puestas y apegadas al casco, dos hojas de plátano, excepto aquellos hombres que nacen en los árboles y de los frutos de abellotas que dijimos son formados, porque estos solos entre los otros tienen las orejas hechas de madera. Allende de esto, andándome yo paseando por el palacio real de Faetón, vi un milagro más digno de admiración que todos los otros: en medio de un patio grande del palacio estaba hecho un pozo por muy excelente artificio fabricado.

Yo, deseoso de considerar sus obras y labores, llegueme a él y vi que sobre el pozo, no muy alto, por singular ingenio y mediana proporción, estaba puesto un espejo⁴¹ muy grande, del cual procedía tanta eficacia y vigor que, si alguno entraba dentro del pozo, que no era muy hondo, podía oír muy claramente todas las cosas que se decían en la Tierra, por muy secreto que se hablasen unos con otros en los rincones. Yo, que me paré a escuchar, oí cosas maravillosas que pasaban entre los miserables mortales, las cuales me tenían atónito y maravillado y si comenzase a contarlas no acabaría en muchos años. Allende de esto, si alguno se miraba en el espejo, podía ver en él todas las ciudades del mundo, todos los hombres y todas las obras que cada uno hace, y esto tan claramente como si con cada uno de ellos estuviese presente. Entonces yo vi luego a mi patria, a mis parientes y amigos, vi lo que todos hacían y oía lo que hablaban con tanta facilidad como si yo estuviera con ellos conversando, pero si ellos me vieron o no, yo no puedo afirmarlo por cosa cierta y si por ventura hubiere algún hombre tan rudo y tan torpe que no creyese ser verdad esto <que⁴²> digo, cuando allá viniere, placiendo a Dios, hallará por experiencia ser cosa muy averiguada y certísima todo como arriba lo habemos contado.

Después de esto hecho, cuando ya hubimos visitado muy por orden toda la estancia del reino de la Luna, acordamos de tomar licencia del rey y proseguir nuestro camino hasta la fin de nuestra navegación comenzada. Hicimos gracias al rey, y con él a todos los gran-

40.– El 'casco' en la época, se toma por lo que hoy decimos la calavera.

41.– El propio Jorge Luis Borges asume que este pasaje de Luciano es un precedente del Aleph.

42.– Omitido en la edición de Fries, otro ejemplo más de desaliño en la composición de la imprenta.

des de su reino que con él se hallaban, por el buen tratamiento que nos había hecho y le rogamos que tuviese por bien de nos dar facultad para caminar y llevar adelante nuestro viaje. Él también nos hizo gracias por nuestro trabajo y cuando vio que aquella era nuestra determinada voluntad no quiso detenernos más tiempo y así nos dio licencia de partirnos cuando quisiésemos, pero antes que de nosotros se despidiese a mí me hizo merced de dos ropas de las más ricas de vidrio y de cinco de las otras de metal que no eran tales, las cuales quiso que llevase conmigo en señal y memoria del amor que conmigo tenía. También envió con nosotros mil caballeros de sus Hipogypos, que nos condujesen⁴³ hasta el espacio de quinientos estadios y con esto nosotros nos entramos en nuestra nao y, acompañados de nuestros Hipogypos, comenzamos a navegar de nuevo por el aire con próspero viento que nos llevaba muy a placer en torno de aquella tierra. En este camino veíamos muchas islas muy fértiles y tierra firme muy copiosa y alegre, y fuenos el viento tan favorable que, en muy breve tiempo, llegamos hasta la región del Luciente Lucero, que nuevamente había comenzado a poblarse, en el cual lugar salimos en tierra y cogimos agua fresca, que nos era bien necesaria. Desde allí, pasando más adelante, comenzamos a entrar en aquel círculo de animales vivos que ciñen la redondez del universo, al cual llaman Zodiaco, y dejando el Sol a la mano izquierda, navegamos cerca de los márgenes y confines de aquella tierra y, aunque todos los compañeros estaban muy deseosos de bajar hasta la tierra y entrar en ella, no lo pudimos hacer porque el viento era muy forzoso y violento, que nos levantaba en alto y no lo permitía, aunque navegamos siempre a vista de una región muy fértil, regada de muchos ríos, sembrada de árboles frutíferos y llena de infinitos bienes.

A esta sazón, los Nubecentauros, que poco antes habían militado debajo de la bandera del rey Faetón contra nosotros, como nos vieron desde lejos comenzaron de tropel a volar hasta nuestra nao, por saber la gente que en ella venía, pero como conocieron que éramos gente de paz y amigos ya, y con ellos confederados, dejáronnos pasar sin embarazo ninguno, aunque a esta hora ya eran tornados a su estancia los Hipogypos que con nosotros habían salido. Navegando, pues, la noche siguiente y el día hasta la tarde, ya que⁴⁴ se quería poner el Sol llegamos a la ciudad que es llamada de las Lucernas,⁴⁵ ya que comenzábamos a dirigir nuestra navegación declinando a las partes inferiores de los elementos, con intención de venirnos a posar sobre las ondas del mar Océano. Esta ciudad de las Lucernas está en la media región del aire, situada entre las unas estrellas que son llamadas Pléyadas y las otras, que se dicen Híadas, mucho más abajo del Zodiaco. Enderezamos nuestro curso a la ciudad y, salidos en tierra, no hallamos ningún hombre ni persona, pero vimos infinito número de Lucernas que andaban corriendo por las plazas y calles de una parte a otra y que se andaban paseando por el puerto como si anduvieran a solacio⁴⁶, algunas de ellas pequeñas y de poca lumbre, como si fueran pobres; otras grandes, nobles, ilustres y llenas de resplandor muy luciente. Cada una de ellas tenía hecha su casa propia y en ella tenía puestos aparte sus blandones que daban lumbre y usaban de ellos cuando querían. Era cosa maravillosa de ver andar por las calles y por las casas flamantes lucernas, cada una de las cuales

43.- En la edición de Frisius 'conduyessen'.

44.- Este 'ya que' es temporal, a diferencia del uso actual de 'ya que' como ilativo o consecutivo. Es un uso constante en ambas partes del *Lazarillo*, donde tiene ese mismo valor temporal de 'en cuanto'.

45.- Lo que modernamente llamamos luciérnagas.

46.- La expresión 'a solacio' está relacionada con 'solazarse' y 'solaciar' o 'solacear', variantes todas de 'solaz' o esparcimiento.

tenía puesto su nombre propio como si fueran hombres, y veíamoslas claramente que se conocían entre sí y oíamoslas hablar unas con otras en su lengua con una voz maravillosa que nosotros no podíamos entender, pero bien veíamos que eran de muy blandas y mansas condiciones, que no solamente no querían hacernos ningún mal, pero aun nos hacían de señas y convidaban que quisiésemos recibir posada en sus casas, pero nosotros, para decir la verdad, estábamos llenos de pavor y espanto en ver tanta lumbre viva y encendida andar por las calles y cerca de nosotros, y no hubo tan atrevido entre los nuestros que osase cenar allí bocado ni cerrar los ojos en toda aquella noche. En medio de la ciudad tienen edificado un palacio real muy grande, en el medio del cual está sentado toda la noche el príncipe y rey de todas ellas y con una gravedad admirable llamando a cada una por su nombre. Si hay alguna entre ellas tan pertinaz que no quiere venir de grado al llamamiento del rey y cumplir todo lo que él manda, a la hora es condenada a muerte sin redención ninguna como rebelde fugitivo. Y la muerte que se les da es que su lumbre sea luego apagada, sin que pueda para siempre dar luz ni resplandor a sí ni a otros. Nosotros estábamos entretanto muy atentos considerando todas las cosas que allí pasaban, oíamos responder las lucernas, cómo las unas se excusaban de sus culpas, otras decían las causas por que no habían podido estar presentes, que si eran justas se admitían y, sin revocación de sentencia, eran punidas. Allí vi y conocí entre las otras una lucerna de nuestra tierra que me habló en lengua griega y como⁴⁷ nos conocimos le pregunté nuevas de mis parientes y conocidos y ella me respondió muy por extenso a todo lo que le preguntaba, y nos contó por orden la policía y gobernación de aquellas Lucernas, de manera que, platicando con esta lucerna nuestra conocida, pasamos toda aquella noche hasta el día siguiente.

Pero cuando se comenzó a romper el alba y esclarecerse la lumbre del cielo, nosotros nos entramos en nuestra nao y nos partimos de aquel lugar navegando en torno a las nubes, declinando moderadamente la vuelta de la Tierra. En este camino se nos descubrió aquella noble y celebrada ciudad llamada Nefelococigia, y cuando la vimos quedamos todos admirados en ver su grandeza y hermosura y, aunque de buena gana quisiéramos entrar en ella, no lo pudimos hacer, porque no lo permitía el viento forzoso que nos llevaba de vuelo. El príncipe y señor que gobierna en aquella ciudad con absoluto imperio se decía ser llamado Corono, hijo de Cotifión. Entonces a la verdad yo me acordé muy de veras de aquel famoso poeta Aristófanés, que cierto fue hombre sabio y verdadero, el cual hizo muy por extenso mención de toda esta república en su comedia que es intitulada *Las aves*, aunque hay algunos hombres tan ignorantes, de tan rudo ingenio y tan ingratos que le hacen gran injuria no queriendo creer lo que por tan sabio autor escrito en aquella comedia se contiene.

Después de haber pasado a vista de aquella ciudad, al tercero día ya podíamos ver claramente todo el mar Océano que, por todas partes muy bravo y alterado se descubría, aunque por ningún lado podíamos ver palmo de tierra, si no eran aquellas regiones sublimes que habíamos dejado en lo alto, situadas en el aire, las cuales no se nos mostraban ya como si fueran edificadas, sino como una llama de fuego encendida que centelleaba por diversos lugares como si ya fueran sorbidas de aquel poderoso elemento del fuego que reina en la esfera encendida.

47.- De nuevo 'como' con el significado temporal de 'en cuanto'.

Al cuarto día, cerca de la hora de mediodía, quiso Dios enviarnos un viento próspero, manso, muy suave, que poco a poco llevaba la nao hasta que la puso sin peligro ninguno sobre las reposadas ondas del mar Océano.

Cuando nosotros nos sentimos ya estar puestos en el agua y que con nuestra nao podíamos ya navegar por las aguas del mar como lo acostumbran los mareantes, fue tan grande el placer que recibimos que, después de haber hecho gracias a Dios por aquel beneficio, comimos de lo que nos restaba en la nao y cuando nos hallamos algo más recreados, nos desnudamos los vestidos y nos echamos a nado en el mar que a la hora estaba muy sosegado y era calma muerta.

Pero según hallamos por experiencia muchas veces acontece que la mudanza de mal en mejor suele ser principio de males mas peligrosos, porque después que nos recogimos a la nao hubimos navegado sobre las ondas del mar solos dos días con gran bonanza y próspero viento, al tercero día, al romper del alba, vimos casi de improviso venir sobre las aguas del mar, derechas contra nosotros muchas bestias, como si fueran ballenas muy grandes, pero entre las otras venía una, de grandeza tan desmesurada que no parece cosa creíble decirlo, porque, sin mentir, se mostraba fuera del agua una parte del cuerpo tan espaciosa que había en ella pasados de mil estadios⁴⁸ de camino. Esta venía con gran estruendo hiriendo con la cola desde lejos las ondas del mar, echando espuma por la boca con tanto furor y ruido que parece que la mar y el cielo juntamente querían hundirse y a nosotros, que la veíamos venir desde lejos nos puso tanto miedo que allí pensamos perecer de temor. Salíanle fuera de la boca los dientes, de grandeza increíble, todos agudos como suelen ser las puntas de agudos palos y más blancos que son los dientes de elefante. Nosotros, que vimos tan gran peligro delante nuestros ojos, visto que no podíamos huir por la gran priesa y furor que traía la bestia, y por el gran espacio que sobre la mar ocupaba, encomendámonos a Dios y abrazámonos unos a otros no de otra manera que si ya nos aparejáramos para morir, y con esta voluntad nos apartamos a un lado, quedos, por dar vado a que pasase la bestia, si fuese posible sin daño nuestro, pero ella, que nos vio estar quedos, al tiempo que pasaba abrió la boca y de un trago nos engulló⁴⁹ a todos con nuestra nao y jarcias y aparejos con tanta facilidad como si fuera una mosca que ni jarcia, ni mástel, ni aparejo ninguno de toda la nao topó en diente, ni en muela, ni en otro embarazo hasta que, sin pensar, nos hallamos allá, tragados en el vientre de la ballena, porque la concavidad que había entre unos dientes y otros era tan grande cuando abría la boca, que fácilmente pudo sorberse toda la nao sin estorbo ninguno.

Como nosotros nos vimos dentro del cuerpo de aquella desmesurada bestia, al principio no podíamos ver ninguna cosa y nos parecía que de súpito éramos calados dentro de alguna cueva oscura donde no se podía ver lumbre de Sol ni de Luna, pero cuando abría la boca para resollar, por cobrar aire, podíamos ver muy claramente que estábamos dentro del vientre de aquella ballena y que aquel lugar donde habíamos aportado era tan grande y tan espacioso como si fuera una ciudad grande, aunque fuera poblada de diez mil vecinos. Veíamos también en aquel lugar donde estábamos gran número de peces pequeños y mayores y de todas suertes, y pedazos grandes de infinito género de animales

48.- El estadio es la medida clásica del contorno de un estadio o hipódromo, en torno a 192 metros actuales. Mil estadios, por la tanto, serían 192 kilómetros.

49.- En la edición de Frisius 'engullió' que no se documenta en ningún texto.

partidos, muchas velas de naos, áncoras, huesos de hombres muertos, cargas y otras muchas suertes de fardajes. Pasando un poco más adelante, cerca del medio del vientre vimos también muy espaciosa tierra, verdes prados, arboledas y collados que, según puedo sacar por discreción, de suyo se había tragado la ballena y allí en el medio se habían acumulado, de manera que en este pedazo de tierra que allí se había allegado y apegado se hacía una muy galana y deleitosa selva, poblada de espesas arboledas y de frutales de todas suertes. También había producido la misma tierra muchas suertes de yerbas muy buenas y tanta variedad de oluras,⁵⁰ flores y otras yerbas olorosas como si fuera en un vergel con manos de hombres ingeniosos labrado. El cerco y redondez de toda aquella selva era de hasta doscientos y cuarenta estadios; hallábanse también en aquel lugar muchas suertes de aves marinas, como son Laros, Alcionas y otras semejantes que en los ramos de los árboles hacían sus nidos y se andaban por la selva, de ramo en ramo, cantando con muy suave armonía.

Cuando nosotros llegamos a este lugar no pudimos tenernos que no se nos saltasen las lágrimas de los ojos recordándonos de nuestra tierra, que así era semejante a la suavidad y frescura de aquellas arboledas y, viéndonos en tal estado, de donde no teníamos esperanza de salir ni de volver a vista de los nuestros que bien queríamos mucho menos de dar fin en la empresa y viaje comenzado.

A la fin yo conforté lo mejor que pude⁵¹ a mis compañeros y sospesamos⁵² la nao atada con gruesas maromas, por que no anduviese vacilando de una parte a otra y, esto hecho, determinamos de haber paciencia con nuestra suerte hasta que Dios enviase más próspera fortuna, y haciendo el corazón ancho para pasar la vida como mejor pudiésemos, sacamos lumbre con los pedrenales⁵³ que había esparcidos por aquella tierra y, de los leños que hallamos, encendimos buen fuego. Sentámonos todos al derredor de la lumbre y, de las cosas que allí había y nosotros traíamos, aparejamos de cenar como mejor pudimos. Allí hallamos infinitos géneros de pescados, y nosotros teníamos agua fresca en la nao, de la que habíamos tomado en el Lucero. El día siguiente, cuando fuimos levantados, estábamos muy atentos, esperando a ver cuándo resollaba la ballena (que solía hacerlo muy a menudo) para considerar si había esperanza de salir fuera, y algunas veces veíamos muy altos y sublimes montes, otras veces veíamos solo el cielo, otras veces mucha variedad de islas, otras veces tierras y ciudades muy pobladas, porque sentíamos claramente que con gran furia y ligereza caminaba nuestra bestia y se rodeaba por todas las partes de aquel piélago profundo. Después que ya nos íbamos un poco haciendo a la tierra, aunque contra nuestra voluntad, tomando yo conmigo siete de nuestros compañeros determiné de correr con ellos la tierra y ver y saber todo lo que dentro de aquel gran pez se encerraba. Con esta determinación nos íbamos paseando por la selva y no habíamos andado por ella media

50.– Las oluras, conforme al NDLC son ‘perfumes, aromas,’ acepción que aquí cumple perfectamente.

51.– En realidad, la edición de Augustin Fries lo que pone es ‘puede,’ incongruente sintácticamente y otro ejemplo más de quehacer desaprensivo de los oficiales de imprenta.

52.– En la edición de Frisius: ‘sospesamos,’ con una ge supernumeraria. El verbo ‘sospesar’ vale por ‘levantar alguna cosa haciéndola perder tierra’ conforme al NDLC.

53.– Esta es la variante que trae la edición de Frisius. Oudin registra también la variante ‘pedreñal,’ mucho más frecuente (la usan Cervantes y Lope, entre otros muchos). Parece error de la imprenta de Frisius, pero se documenta algún uso en la primera mitad del XVI.

legua cuando topamos con un pequeño templo, que según daban testimonio⁵⁴ las letras que en él estaban escritas, era dedicado al dios Neptuno. Andando un poco más adelante hallamos muchos sepulcros, monumentos⁵⁵ de muertos y columnas sobre las sepulturas en alto levantadas. Cerca de una fuente de agua dulce que allí junto manaba, oímos también ladridos de perros y muy lejos de allí salía gran cantidad de humo, y aun cuanto podíamos divisar con la vista desde aquel lugar donde estábamos nos parecía que veíamos desde lejos una casa edificada. Dímonos prisa por llegar a ver lo que era y cuando fuimos llegados hallamos que cierto era una casa por manos de hombres labrada y no muy lejos de ella vimos un hombre muy anciano y con él un mancebo joven, que el uno y el otro estaban con gran diligencia trabajando y fatigándose en hacer una canal en la tierra, por donde pudiesen derivar la agua que de la fuente manaba en torno de aquellos prados y tierras, con que pudiesen ser regadas y recreadas. Nosotros, maravillados de semejante aventura, del gran placer que recibimos en ver pisadas de hombres humanos, pero mezclado de gran temor en no saber ni conocer la gente que era, súpitamente nos paramos sin poder echar el pie adelante por la turbación grande que habíamos recibido. Los hombres, pues, así el viejo como el mancebo, levantaron la cabeza y como a caso nos vieron estar allí cerca de sí, quedaron muy más atónitos que nosotros, sin poder echar la voz ni hablar sola una palabra y a mi parecer turbáronse con gran razón en ver en un lugar tan no pensado, tan contra toda razón y natura, ocho hombres que no sabían si eran amigos ni enemigos, siendo ellos no más de dos, el uno viejo y el otro mancebo, y ambos de pocas fuerzas, que no pudieran resistir a quien quisiera hacerles injuria⁵⁶ o usar con ellos de alguna violencia.

A la fin, después que nos hubimos gran pieza mirado los unos a los otros, rompiendo el silencio y dando lugar a la voz el viejo nos preguntó: «¿Qué hombres sois vosotros, peregrinos? ¿Sois, por ventura, algunos dioses marinos de los que se aposentan, muy varios y de formas diversas, en este profundo piélago? ¿O sois acaso desdichados hombres mortales, semejantes a nosotros así en la forma como en la mala nuestra fortuna? Porque quiero que sepáis que nosotros, en los tiempos ya pasados, fuimos hombres humanos, nacidos y criados en la Tierra, pero al presente somos tristes animales marinos, encerrados en el vientre de esta monstruosa y desmesurada bestia, donde padecemos mil desventuras y no sabemos poco ni mucho de nosotros, ni podemos juzgar si somos vivos o muertos. Con gran razón podríamos decir que somos muertos, pero todavía nos parece que vivimos.» Cuando el padre viejo hubo acabado su razonamiento,⁵⁷ yo le respondí en nombre mío y de los compañeros: «Oh, padre, nosotros también somos hombres mortales, aunque al presente nos hallamos juntos en este lugar tan extraño, que caminando estos días pasados por el mar, sin pensar fuimos tragados todos con nuestra nao entera y echados en este lugar donde nos veis, lo cual yo juzgo (según puedo colegir de tus palabras) que ha sido para nosotros un caso muy desastrado. La causa, pues, por que somos llegados a este lugar donde, sin esperanza nuestra, te hemos hallado, no es otra sino por saber lo que hay en toda esta selva que, según pudimos juzgar desde lejos, donde está puesta nuestra

54.- En la edición Frisius, otra perla de composición de línea: «según daban testimo».

55.- Se toma 'monumentos' en el sentido habitual de 'sepulcros'.

56.- Oudin nos informa de que 'injuriado' es el 'offencé de paroles et de fait'.

57.- 'Razonamiento' se toma en el sentido de 'discurso', tal como el célebre razonamiento de Villabragima, del ilustre fray Antonio de Guevara.

nao, es muy grande y muy espaciosa, y según me parece, no sin misterio grande nos ha guiado Dios a este lugar donde te hemos hallado para que pudiésemos ver siquiera alguna criatura humana y supiésemos que no solos nosotros estamos encerrados en el vientre de esta bestia, por tanto te rogamos muy afectuosamente, padre venerando, quien quiera que eres, que nos cuentes por extenso tus fortunas y por qué caso de ventura aportaste tú primero que nosotros a este lugar desdichado.»

El padre viejo les respondió: «Hermanos, yo no os diré nada de lo que me preguntáis ni sabréis ninguna cosa de las que deseáis saber de mi desdichada suerte si primero no tuviéredes por bien de entraros en esta mi pobre casa y recrearos un poco con nosotros tomando la paciencia con lo que hubiere.» Nosotros fuimos contentos de aceptar aquel partido y así nos entramos con él dentro de aquella su miserable estancia; luego mandó a su hijo que pusiese la mesa y aparejase de cenar de lo mejor que hubiese. Tratonos aquella noche nuestro padre viejo lo mejor que pudo y púsonos delante muy buena ensalada de mucha variedad de yerbas y unas ciertas abellotas, no sé de qué manera cocinadas, y diversos géneros de pescados harto bien aderezados y, sobre todo, nos dio buen vino. Y cuando ya nos hubimos medianamente recreado, rogonos el padre viejo muy ahincadamente que nosotros le contásemos lo que nos había acontecido en aquel viaje. Entonces yo le conté brevemente los extraños contrastes de Fortuna que habíamos padecido: de la primera tormenta del mar que nos sobrevino, de la isla de las viñas, de la navegación en el aire, de la guerra en el círculo de la Luna y finalmente le conté por extenso todas las otras cosas que nos habían acontecido hasta que fuimos tragados de aquella bestia, que según nos parecía fue comienzo de nuestros males y la mayor de nuestras miserias. El padre viejo que estaba escuchando muy atentamente⁵⁸ admirado y atónito⁵⁹ en oír tan extraños casos como por nosotros habían pasado y cuando yo hube acabado mi razonamiento, él también comenzó de nuevo a contarnos sus fortunas.⁶⁰ «Habéis de saber, hermanos, lo primero que yo también soy hombre mortal y desdichado como vosotros. Soy natural de la isla de Cypro,⁶¹ que saliendo una vez de mi casa y de mi tierra, acompañado de este hijo mío que aquí veis, para ir a la feria que muy lejos de nuestra isla se hacía en el reino de Italia y viniendo acompañados de otros muchos familiares y criados nuestros, que con nosotros en la misma nao venían, navegábamos con próspero viento la vuelta de Italia, traíamos una nao muy grande (la cual por ventura vistes toda despedazada a la boca de la ballena) cargada de muy ricas mercaderías. Navegamos prósperamente y sin embarazo ninguno hasta Sicilia. Luego que del puerto de Sicilia partimos para pasar en Italia, donde dije que había de ser nuestra derecha descarga, no sé cómo a deshora, estando todos descuidados, fuimos arrebatados de un viento forzoso y violento que nos apartó de nuestro derecho camino que seguíamos y al tercero día dio con nosotros en el mar Océano, sin que todos juntos los que veníamos en la nao pudiésemos resistir a la violencia del viento. Poco tiempo después quiso nuestra mala fortuna que topamos con este pez desmesurado,

58.– En la edición de Augustin Fries, aquí y en otros muchos casos, 'attentamente', geminando la 't' interna, como es costumbre en el francés, pero no en el castellano. Un ejemplo más de las calamidades editoriales de Friesius.

59.– Al igual que en el ejemplo anterior, también aquí Fries edita con t geminada: 'attonito'.

60.– La voz 'fortunas' se toma aquí, como en otras secuencias, con el valor de 'golpes de fortuna' en el sentido de 'mala fortuna'.

61.– La moderna Chipre, lugar de nacimiento de Venus Ciparisa, la diosa de los placeres venéreos.

el cual, cierto cuando le vimos, pensamos que era alguna isla, pero como⁶² le sentimos mover sobre las aguas, conocimos ser animal vivo, de la cual vista no poco quedamos espantados. A la fin, cuando él nos vio venir a la vela, enderezó para nosotros con gran furia y sin embarazo ninguno se tragó toda nuestra nao cargada de mercaderías y dentro de ella a nosotros con todos nuestros compañeros y familiares.

Andando el tiempo, todos nuestros compañeros se murieron, porque no podían sufrir la vida de este aire pestilencial que dentro de esta gran bestia cogemos. Solos nosotros dos, como veis, hemos quedado, de harto gran número de compañeros que éramos cuando aquí entramos. Cuando hubimos enterrado a nuestros compañeros, fabricamos aquel pequeño templo que vistes, dedicado al dios Neptuno y de esta manera que veis pasamos nuestra miserable vida: cogemos oluras de estos huertos y comemos peces y abellotas. Esta selva que aquí veis es muy grande y espaciosa y tiene muchas viñas de las cuales hacemos vino muy dulce, y aquella fuente que vistes nos da muy copiosa abundancia de agua no menos saludable que dulce y muy fresca. La cama en que dormimos, como veis, es hecha de toda la variedad de yerbas, hojas de árboles, rosas y flores que produce esta selva. Hacemos muy gran fuego, cuya lumbre suele recrear los ánimos y vencer la molestia y aspereza del frío. Cuando nos parece, también nos vamos a espaciar por los prados y en lugar de otro pasatiempo engañamos las aves que volan⁶³ por los árboles enredándolas con una red o enlazándolas con ingeniosos lazos; otras veces nos ejercitamos en pescar vivos peces que suelen de suyo enveloparse⁶⁴ en las agallas de la ballena, que así estos como las aves, sirven para nuestro mantenimiento. También, cuando queremos, solemos lavarnos, o que en las aguas del mar saliendo sobre las agallas del pez, o que⁶⁵ en un estanque de agua salada que tenemos cerca de aquí, que se extiende hasta el espacio de una legua, y de ventaja, en torno, lleno de muchas diversidad de peces, en el cual algunas veces nadamos, otras veces navegamos en una pequeña barca que yo mismo fabriqué con mis manos. Y, por que sepáis el tiempo que ya habemos tolerado esta solitaria y molesta vida, os digo en verdad que son pasados ya veinte y siete años enteros que fuimos tragados de la ballena y vivimos de la suerte que os he contado. Es por cierto vida muy triste la nuestra, pero todavía podríamos tolerarla, si no fuésemos molestados de otras mayores incomodidades, porque habéis de saber que lo que, sobre todo el resto, nos fatiga y da molestia intolerable es que nuestros vecinos nos persiguen sin fin, que, como son de su natura fieros, crueles, silvestres, ajenos de razón y enemigos de toda virtud, huélganse de perseguirnos y de hacernos todo el mal y daño que pueden.»

Yo, que estaba muy atento⁶⁶ escuchando el razonamiento del buen padre viejo, como⁶⁷ le oí decir de aquellos vecinos que le molestaban, quedé por extremo maravillado; así, interrumpiendo sus palabras no pude esperar sin que le preguntase con admiración grande: «¡Válame Dios! ¿Qué es esto que oyo, padre? ¿Hay por ventura otras gentes dentro de este

62.- De nuevo 'como' con sentido temporal, equivalente a 'cuando'.

63.- Es discutible que la forma 'volan' sea la original de la traducción de Enzinas; parece más bien enmienda de un cajista de lengua francesa que adapta el 'volent' francés.

64.- 'Envolverse' o 'enredarse', conforme a la atracción del francés 's'envelopper'.

65.- Es notable este uso distributivo de 'o que... o que'.

66.- De nuevo en Frisius otro uso foráneo de doble t interior: attento.

67.- De nuevo 'como' con valor temporal.

pez, que dices ser tus vecinos y que te dan molestia?» A la hora el viejo me respondió: «¡Oh, hijo, hay no pocos, sino muchos otros vecinos inhumanos, feísimos y de naturas perversísimas, como antes dije. La parte occidental y postrera de la selva es habitada de un género de gentes que son llamados Tarichanes. Estos tienen los ojos de Anguilas y los rostros de Cárabos. Es gente belicosa, atrevida, feroz, temeraria y que muerden con los dientes, como perros. La otra parte, que está puesta al lado diestro, es poseída de otros que se llaman Tritonomendites, no menos monstruosos que los otros, porque la media parte del cuerpo de arriba son semejantes a hombres y de la media parte de abajo son de figura de gatos. Estos, aunque son compuestos de diversas suertes de animales y en efecto son bestias monstruosas, todavía no son de natura tan crueles como los otros. Al lado siniestro se aposentán otras nuevas creaturas llamadas Carcinochires y Cinocéfalos, los cuales entre sí viven en paz y están considerados con perpetuo vínculo de amicitia y concordia: en las partes mediterráneas hacen su manida otros extraños animales que se llaman Pagurades y Psitopodes, que son gente muy ligera y belicosa. Todo el resto de la parte de Oriente, que es junto a la boca de la bestia, por la mayor parte son lugares despoblados y desiertos y de las muchas aguas que en ellos echan las ondas del mar son llenos de estanques de agua salada y hedionda. Esta otra pequeña parte que aquí veis poseo yo, aunque no sin muchos sobresaltos y zozobras, porque, allende de las muchas conjuraciones que contra mí hacen todas las veces que se les antoja, soy obligado a pagarles cada año cierto tributo y con los Psitopodes estoy concertado de pagarles en lugar de tributo cada año cincuenta hostias,⁶⁸ de manera que todas las estancias de esta región están repartidas y habitadas de la suerte que os he contado. Al presente es necesario entre nosotros veamos de dar alguna buena orden cómo podamos animosamente acometer a toda esta gente y destruirla o reconocerlos por superiores y concertarnos con ellos pagándoles cierta pensión y tributo, si queremos vivir a reposo, aunque lo mejor sería tentar la fortuna y procurar de destruir, si fuese posible, a tan dañoso y tan malo género de gentes.»

A la hora yo le pregunté: «Ruégote, padre, que me digas cuán grande puede ser el número de todos ellos y de qué armas usan en la guerra» Él me respondió: «El número de todos, según yo puedo juzgar, será de hasta mil bestias monstruosas y crueles, contra las cuales sería necesario hacer la guerra, pero todos ellos son gente desarmada, que las mayores y más fuertes armas de que usan solamente son los huesos de algunos peces.» Yo le dije: «Comencemos, pues, desde agora a hacer contra ellos la guerra, que no puede ser que no suceda muy prósperamente, pues que nosotros estamos armados y los enemigos, sin armas, y, si los venciéremos en la batalla, como espero, viviremos de aquí adelante seguros, sin temor que haya otro ninguno que nos dé molestia todo el tiempo que moráremos en esta molesta y peligrosa estancia.» De manera que, de común opinión determinamos de probar⁶⁹ la ventura contra aquellas gentes silvestres y con esta voluntad nos partimos de aquel lugar y yo con mis compañeros nos fuimos derechos a nuestra nao para tomar nuestras armas y todo lo de más que nos fuese necesario para hacer la guerra. Y por que no pareciese cosa desafortada mover guerra contra ninguno sin alguna ocasión justa que nos incitase, teníamos ya la causa en la mano de no pagarles la pensión que solía darles

68.– Obviamente se trata de ostras y no de formas consagradas.

69.– En la edición de Frisius: 'de pobrar'.

cada año el buen padre viejo en lugar de tributo, porque ya era venido el tiempo del pago y los que tenían el cargo de recibir las rentas habían dos veces venido a demandarlas con gran instancia, pero el bueno de Scintharo (que así se llamaba el viejo) no solamente no había querido pagarles ninguna cosa, pero aún había recibido los embajadores con malas palabras y, usando con ellos de violencia, los había echado de su casa y con gran ímpetu los perseguía. Los primeros, pues, que por este hecho se indignaron contra Scintharo fueron los Psitopodes y Paguradas, los cuales venían con gran tumulto contra él, por hacerle pagar por fuerza lo que no quería pagar de grado. Nosotros, que sabíamos ya cómo venían con mano armada contra Scintharo, tomamos veinte y cinco de nuestros compañeros y pusimoslos en una emboscada secretamente, con orden que cuando vieses que ya eran pasados los enemigos, saliesen animosamente sobre ellos por detrás, haciendo sobre ellos el mayor estrago que pudiesen. Por otra parte, nosotros, que también éramos veinte y cinco (porque Scintharo y su hijo también militaban) estábamos en campo abierto esperando a los enemigos para encontrarnos con ellos valerosamente.

A esta sazón, ya que los enemigos eran pasados el término de la emboscada, los que estaban encubiertos salieron sobre ellos por detrás y como los tomaron a sobresalto hacían en ellos gran estrago. Nosotros, que de nuestras espías éramos ya avisados cómo entre los nuestros y los adversarios era comenzada la batalla, salimosles al camino por socorrer a los compañeros y destruir a los enemigos y a esta hora, nosotros por la una parte y los compañeros por la otra, peleábamos con tanto ánimo que fácilmente declarábamos la ira y fuerzas que en aquella batalla nos encendían; a la fin, no pudiendo ya los adversarios resistir a nuestras fuerzas, los que se pudieron escapar de nuestras manos volvieron las espaldas y a más andar se pusieron todos en huida. Nosotros los perseguimos hasta los más secretos penetrales⁷⁰ de sus estancias, matando y destruyendo cuanto podíamos haber a las manos, de manera que aquel día fueron muertos, de los enemigos, noventa y de los nuestros, uno, y el gobernador de la nao tenía las espaldas heridas de una costilla de Trigla,⁷¹ que le había hecho una peligrosa llaga. Fue aquella primera batalla harto dudosa y porfiada, que duró todo el día y la noche y a la fin de ella, en señal de la victoria que habíamos alcanzado, pusimos en lugar de trofeo, una espina seca de Delfino muy grande, hincada en la tierra en aquel lugar que habíamos vencido.

El día siguiente, todo el resto de las gentes que moraban en la selva (excepto los Tritonomendites), como habían entendido todo lo que el día antes había pasado, venían entonces todos juntos, apunto de guerra sobre nosotros. La ala diestra defendían los Tarichanes, el capitán de los cuales era uno, el más valiente, llamado Pelamo, que los gobernaba. En la ala siniestra venían los Thynocéfalos, en el medio estaban puestos los Carcinochires. Los Tritonomendites solos que restaban, en aquella batalla se mostraron neutros, sin querer favorecer a ninguna de las partes. Nosotros también salimos en nuestra orden puestos contra ellos y nos encontramos en una espaciosa llanura que se hacía cerca del templo de Neptuno y en aquel mismo lugar se comenzó entre nosotros una grave y sangrienta ba-

70.- 'Penetral' es, según el NDLC, «la parte más interior y retirada de alguna cosa».

71.- La trigla es el pez que nosotros llamamos barbo y que en la segunda parte del Lazarillo es pez de notable importancia en las batallas con los atunes. Lo reutiliza, con notable donaire, Cristóbal de Villalón en su nunca bien ponderado *Crotalón*, estupendo relato castellano construido entretejiendo varias historias de Luciano con otras de Ariosto, Lucano, el pseudo-Homero de la *Batracomiomaquia* y algunos elementos del folclor hispano, como el rey de gallos.

talla. Era tan grande el estruendo que de la una parte y de la otra se hacía, eran tantos los clamores y gritos que los unos y los otros levantaban en lo alto, que parecía que la mar y la tierra se querían hundir a los abismos. Y como todos voceaban dentro de aquella concavidad de la ballena, resonaba todo aquel lugar como si fuera una muy alta y profunda cueva o alguna otra concavidad hecha en las entrañas de la tierra, pero a la fin, después de luenga porfía, como los adversarios vieron que ya no podían resistir a nuestras fuerzas, todos los que restaban, vueltas las espaldas, se pusieron en huida, por escapar de nuestras manos, lo cual pudieron hacer buenamente, porque no quedaban muchos y los que había estaban desarmados y de su natura eran diligentes y ligeros; desampararon todos el campo y ellos se acogieron a las más espesas partes del bosque.

De esta manera, nosotros quedábamos ya señores del campo y los adversarios, poco tiempo después, nos enviaron sus embajadores demandando libertad y espacio para enterrar sus muertos y pidiendo humildemente paz o treguas con las condiciones que quisiésemos, pero a nosotros no nos pareció sano consejo tener paz ni amicitia con aquellos salvajes, principalmente demandándola en tal tiempo que ya estaban todos vencidos y así, no queriendo darles otra respuesta, el día siguiente nosotros los fuimos a buscar a los rincones del bosque donde se nos habían escondido y, uno a uno, los matamos a todos, sin dejar ánima viva dentro de la bestia que de allí adelante nos pudiese dar enojo, sino eran solos los Tritonomitas. Estos, que desde el principio quisieron ser neutros y habían contemplado muy por orden todo lo que había pasado, como vieron el pleito mal parado determinaron de ponerse en salvo como mejor pudiesen, de manera que, entretanto que nosotros estábamos ocupados matando las reliquias de los enemigos que se nos habían escondido, ellos se llegaron a la boca de la ballena y por las agallas y escamas del pez, como mejor pudieron se calaron⁷² en el mar, donde al presente creo que hacen su manida.⁷³ Hecho esto, después que toda la provincia fue libre y vacía de aquellos enemigos, desde allí adelante nosotros hicimos en ella nuestra estancia en paz y reposo, ejercitándonos en todo género de pasatiempos y sin tener ya temor de ninguno nos íbamos por la selva, seguros, cazando y corriendo la tierra, deleitándonos, cuándo en luchar, cuándo en ejercitar nuestras armas, cuándo en otras mil suertes de pasatiempos que cada día inventábamos. Algunas veces nos íbamos paseando por la selva, visitando los frutales y arboledas, otras veces transplantábamos algunas más escogidas yerbas, enjeríamos los árboles de diversas suertes de frutas, podábamos las viñas. Finalmente, en todo y por todo éramos semejantes a los que suelen estar encerrados en una cárcel muy grande y muy deleitosa, que por ninguna vía pueden salir a la libertad de la espaciosa luz que desean, pero dentro de aquellos estrechos términos en que viven no hay suerte de pasatiempos ni deleites con que no puedan alegrarse. En esta vida, tanto estrecha cuanto deleitosa que digo, fuimos forzados a vivir un año entero y ocho meses, pero ya que⁷⁴ eran andados cinco días del mes siguiente, después que la ballena hubo respirado la segunda vez, antes que viniese a resollar la tercera, oímos en el mar muy gran ruido, como de marineros cuando se ven en algún peligro de mar o de otros enemigos que, con muy confusos clamores vocean entre sí, mandándose

72.- El verbo pronominal 'calarse', en su acepción marina vale por 'acomodarse'.

73.- La 'manida' lo traduce César Oudin como 'demeure', es decir, vivienda o residencia.

74.- De nuevo la fórmula 'ya que' con el valor de 'en cuanto que'.

unos a otros lo que ha de hacer o dirigiendo la nao, cuándo a un cabo, cuándo a otro. Digo el segundo resollo de la ballena porque en el tiempo que allí estuvimos, hallamos por experiencia que solía resollar cuatro veces al año, por las cuales solía denotar las cuatro temporadas⁷⁵ o mudanzas de tiempo naturales, que se ven cuatro veces en el año. De manera, pues, que cerca del tercero resollo, cuando quería abrir la boca, como ya dije, oímos aquel gran alboroto que en el mar se había levantado. Nosotros, que oímos dentro del pez una alteración tan grande, para decir la verdad, quedamos muy turbados y por saber qué cosa era nos llegamos a la boca de la bestia para contemplar por entre los dientes lo que pasaba.

Estando así puestos entre la concavidad de los dientes de aquella bestia, que era harto espaciosa, podíamos ver el cielo y todo lo que se hacía en el mar. Allí vimos una tal vista cual jamás nunca pensáramos, ni creo que otra semejante se haya visto en ningún tiempo con ojos de hombres humanos: vimos muchos hombres grandes, que la estatura de cada uno de ellos era tan grande como medio estadio, que contiene sesenta y dos pasos y medio, y estos andaban por el mar navegando sobre unas islas de grandeza increíble y no de otra manera las gobernaban y traían a unas partes y a otras <tal⁷⁶>que si fueran algunas galeras volantes, y aunque sé que no parecen cosas creíbles y verisímiles las que cuento, todavía no dejaré de decir lo que sé cierto que es verdad y lo que yo vi en aquel lugar con mis propios ojos. Consideramos muy atentamente la forma y grandeza de aquellas islas y vimos que eran luengas y harto altas, cuyo espacio, sin mentir, podía ser de hasta cien estadios en torno y aun de ventaja, en cada una de las cuales andaban remando y navegando veinte y ocho hombres de aquellos que arriba dijimos. Estos hombres estaban sentados de la una parte y de la otra sobre las islas y en lugar de remos tenían en las manos árboles enteros de Ciprés, con sus hojas y raíces, y con estos remaban fuertemente. En la una parte de la isla que era a la popa, estaba sentado el piloto, contemplando los vientos y ordenando de la manera que debían los remadores gobernar la isla a una parte y a otra, puesto él en el lugar muy alto, como si estuviera solo sobre un collado eminente, muy de pontifical colocado. También de rato en rato gobernaba él mismo, puesto en atalaya, la isla con un gobernalle de metal que tenía en la mano, tan grande como un estadio entero. A la otra parte de la isla, que era a la proa, estaban cuarenta hombres armados, valerosamente peleando, cuya forma era semejante a la de los otros hombres, excepto el cabello, porque estos, en lugar de cabellos traían por toda la cabeza, vivas llamas de fuego encendido que siempre ardía, las cuales les servían en lugar de yelmo, con gran espanto y admiración de los que los miraban. En lugar de velas, el viento soplaba impetuosamente en una espesa y frondosa selva que en cada una de las islas había y con tanta violencia batía en los árboles que llevaba muy aceleradamente la isla sobre las ondas del mar por todas partes que el gobernador la guiaba. También había entre los otros ciertos hombres más eminentes, los cuales eran como gobernadores que mandaban lo que había de hacer todo el resto y con gran autoridad ordenaban lo que cumplía, impeliendo gravemente a los que traían el remo a que moviesen con toda celeridad la isla, los cuales hacían con tanta destreza y fortaleza su oficio, que podían mover aquella máquina tan grande a unas partes y otras tan ligeramente como si fuese una carabela volante.

75.- Lo que el egregio Antonio Vivaldi llama las cuatro estaciones, vamos.

76.- En la edición de Frisius 'que si fueran.' Entiendo que hay omisión del término comparativo.

Al principio solamente veíamos dos o tres islas de estas que digo, pero poco a poco, sin pensar, se fueron descubriendo más de seiscientas, las cuales, estando puestas en orden unas contra otras, peleaban entre sí valerosamente, porfiando por vencer los unos a los otros. Fue tan porfiada esta batalla, así de la una parte como de la otra, que algunas de las islas que estaban aferradas unas con otras por la gran fuerza que de entrambas partes pusieron, los que peleaban se desmenuzaron; otras, por la gran barahúnda que sobre ellas pasaba con la gran fuerza que ponían los guerreros, se sumieron en el agua y se anegaron. Otras, entre sí aferradas, peleaban fuertemente y, a la verdad, daban muestras de valientes guerreros, unas veces entrando en los términos de sus adversarios, otras veces retrayéndose y peleando desde sus confines, de manera que todos se mostraban animosos, pero sobre los otros, los que peleaban de la proa hacían hechos en armas excelentes y maravillosos. Todavía en esta contienda tan grande no fue tomado ningún preso de la una parte ni de la otra. En lugar de garfios de hierro con que aferraban y tenían juntas las islas, echaban los unos a los otros ciertos peces muy grandes que son llamados Pólipos.⁷⁷ Estos, según tienen de costumbre, se envelopaban⁷⁸ en los árboles que había en la selva de entrambas partes y así tenían fuertemente las islas juntas. Las armas de que usaban, con que se tiraban unos a otros, eran de la una parte, hostias de la mar, tan grandes que cada una de ellas podía largamente hinchir una mediana carreta y de la otra parte tiraban esponjas⁷⁹ de grandeza de una yugada.⁸⁰ El capitán de estos era aquel muy celebrado varón llamado Eolocentauro y el gobernador de los otros era también no menos valiente guerrero, que tenía por nombre Thalasopota. Según pudimos entender, la causa de aquella tan peligrosa y porfiada batalla se había levantado sobre el despojo de cierta presa que cada uno de ellos quería tirar a su parte, porque se decía claramente que los Thalasopotas habían robado gran número de delfines que, sin contradicción ninguna, pertenecían de buen derecho al bueno de Eolocentauro. Esto podíamos fácilmente colegir de los injuriosos baldones que los unos decían contra los otros, querellándose de aquella injuria, haciendo muchas veces mención de nombres de reys⁸¹ y delfines, implorando el favor real de todos los que eran razón que contra tan gran injuria se moviesen. A la fin, como suele acontecer en semejantes contiendas y peligrosas porfías, que por la mayor parte siempre vence la verdad y la inocencia, por muy grande que sea el favor y la potencia humana que contra ella se oponga, así también aconteció en esta batalla, que después de muy peleada de entrambas partes, vencieron los que defendían la querrela del injuriado Eolocentauro y anegaron en el mar casi ciento y cuarenta islas de las de sus contrarios, tres llevaron consigo presas, de las más principales, con todos sus hombres, jarcias y aparatos. Las otras, como vieron el pleito mal parado, con gran trabajo se desaferraron de las otras con quien estaban aferradas y a más andar se pusieron en huida por donde quiera que pudiesen escaparse, libres de las manos de sus enemigos que, con razón, los perseguían. A esta hora los del Eolocentauro, victoriosos, pusieronse animosamente en seguimiento de sus adversarios que iban

77.- Obviamente ,pulpos.

78.- 'Envelopar', con el valor de 'envolver' puede tomarse como un galicismo.

79.- En la edición cometida por Augustin Fries 'espongas,' explicable porque tal vez Enzinas haya escrito 'espongas.'

80.- La yugada es el espacio que una yunta de bueyes puede labrar en un día.

81.- Los plurales 'leys' y 'reys' podrían entenderse como intervenciones de Frisius, calcando el plural francés.

vencidos y los siguieron hasta tanto que la noche les hizo dar la vuelta y tornar al lugar donde se había dado la batalla, a coger los despojos y recobrar su presa.

Después que todo lo hubieron cogido y puesto en orden como deseaban, hicieron alarde⁸² de su gente y de sus islas y hallaron que habían perdido ochenta islas de las suyas y pocos hombres, pero a la fin hicieron poca cuenta de esta pérdida, conortándose⁸³ con haber alcanzado tan gloriosa victoria y en memoria de este hecho pusieron su trofeo sobre la cabeza de la ballena, como testimonio y señal de la victoria de las islas que en aquel lugar habían ganado y en lugar de trofeo colgaron de las branchias de la bestia una de sus islas, la más grande. Después de esto hecho pasaron aquella noche reposando cerca de la ballena, amarrando sus islas a la misma bestia y echando allí cerca sus áncoras muy grandes y muy fuertes, todas hechas de vidrio.

En el día siguiente celebraron muy religiosamente sus sacrificios sobre el cuerpo de la ballena, consagrados al dios Neptuno y en aquel mismo lugar sepultaron sus muertos. Esto hecho se fueron muy alegres, cantando de placer sus versos victoriosos. De manera que esto es lo que pasó en la batalla de las islas. Nosotros, privados de una vista semejante que nos daba deleite, fuimos forzados de nos retraer a nuestra cueva oscura, aunque con gran dolor de la triste vida que pasábamos y mayor deseo de salir a gozar de esta luz del mundo, para lo cual procuramos de emplear todas las fuerzas de nuestro ingenio y lo que sobre ellos hicimos será en el segundo libro contado.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

82.- La expresión militar 'hacer alarde' vale por 'pasar revista'

83.- El verbo 'conortar' vale por 'animar a uno amonestándole y dándole consejos muy buenos,' según nos ilustra el imprescindible Covarrubias.